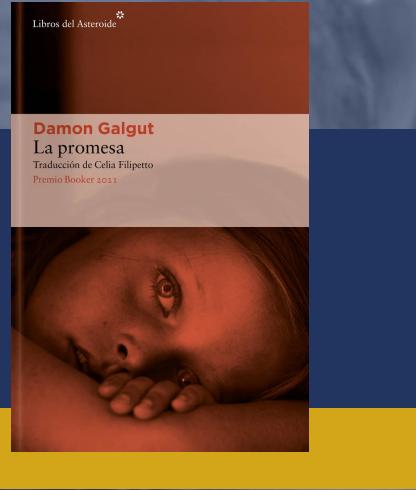


Visita
al territorio de

Damon Galgut



La Escalera

Lugar de lecturas

MA

En cuanto la caja metálica pronuncia su nombre, Amor sabe que ha ocurrido. Lleva todo el día tensa y migrañosa, casi como si hubiese recibido en sueños una advertencia que ahora no recuerda. Una señal o una imagen apenas debajo de la superficie. Los problemas, en el fondo. Fuego subterráneo.

Cuando pronuncian las palabras en voz alta no se las cree. Cierra los ojos y niega con la cabeza. No, no. No puede ser verdad lo que su tía acaba de contarle. Nadie ha muerto. Es una palabra, nada más. Observa la palabra depositada sobre el escritorio como un insecto patas arriba, sin explicación.

Está en la oficina de la señorita Starkey, donde la voz de megafonía le ha indicado que debía dirigirse. Amor ha pasado tanto tiempo esperando este momento, lo ha imaginado tantas veces, que ya parece un hecho. Pero ahora que el momento ha llegado de verdad, lo siente distante y brumoso. No ha ocurrido, no en realidad. Y sobre todo no a Ma, que vivirá para siempre.

Lo siento, repite la señorita Starkey y, apretando los labios, oculta los grandes dientes. Algunas de las otras chicas dicen que la señorita Starkey es lesbiana, pero cuesta imaginarla haciendo nada erótico con nadie. O quizás sí lo hizo alguna vez y desde entonces le dura el asco. Es un dolor que todos debemos soportar, añade con voz seria, mientras *tannie* Marina se estremece y se seca los ojos con un pañuelo de papel, pese a que siempre ha menospreciado a Ma y no le importa nada que esté muerta, aunque no lo está.

Su tía baja con ella las escaleras y espera fuera a que Amor vaya a la residencia de estudiantes a recoger la maleta. Amor lleva siete meses viviendo allí, esperando que pasara lo que no ha pasado, y ha odiado estos largos cuartos fríos con sus suelos de linóleo cada minuto, pero ahora que debe irse, no quiere. Lo único que quiere es acostarse en su cama, quedarse dormida y no despertar nunca más. ¿Como Ma? No, como Ma no, porque Ma no está dormida.

Lentamente, mete la ropa en la maleta y luego baja con ella hasta la entrada del edificio principal del colegio, donde su tía espera mirando el estanque de los peces. Qué gordo es ese, dice, señalando las profundidades, ¿alguna vez habías visto un pez dorado así de grande? Amor dice que no, aunque no vea el pez que su tía le señala y de todos modos nada de todo eso sea real.

Cuando se sube al Toyota Cressida, que tampoco es real, y bajan flotando por el sinuoso sendero de la entrada, el paisaje desde la ventanilla es un sueño. Los jacarandás están florecidos y las brillantes flores púrpura lucen llamativas y extrañas. Su propia voz reverbera como un eco, como si hablase otra persona, cuando llegan al portón principal y doblan a la derecha en vez de a la izquierda y Amor se oye preguntar que adónde van.

A mi casa, contesta su tía. A recoger al tío Ockie. Anoche tuve que salir corriendo cuando... ya sabes, cuando pasó.

(No pasó.)

Tannie Marina mira de soslayo con ojitos enmarcados en rímel, pero la niña sigue sin reaccionar. La decepción de la mujer mayor es casi palpable, como un pedo sordo. Habría podido enviar a Lexington a recoger a Amor al colegio, pero ha venido ella personalmente porque en las crisis le gusta ser útil, lo sabe todo el mundo. La cara redonda con su maquillaje kabuki oculta su avidez por el drama, el chismorreo y el espectáculo barato. En la tele el derramamiento de sangre y la traición son una cosa, pero aquí la vida real le ha ofrecido una oportunidad real, emocionante. ¡La terrible noticia revelada en público, delante de la directora! Pero su sobrina, ese bulto gordo e inútil, apenas ha dicho palabra. Francamente, a esta niña le pasa algo, Marina ya lo ha notado otras veces. Ella lo achaca al rayo. Ah, qué pena, desde entonces no ha vuelto a ser la misma.

Sírvete un bizcocho, la invita su tía, enojada. Están en el asiento de atrás.

Amor no quiere un bizcocho. No tiene hambre. *Tannie* Marina se pasa la vida horneando cosas y tratando de que los demás se las

coman. Su hermana Astrid dice que es para no ser la única gorda, y es verdad que su tía ha publicado dos recetarios de dulces para la hora del té, populares entre un determinado tipo de mujer mayor y blanca, de esas que se ven mucho en estos días.

Bueno, reflexiona *tannie* Marina, al menos resulta fácil hablar con la niña. No interrumpe ni lleva la contraria y da la impresión de estar escuchando, tal como se le exige. El trayecto del colegio hasta Menlo Park, donde viven los Laubscher, no es muy largo, pero hoy da la impresión de que el tiempo se estira y *tannie* Marina no para de hablar en voz baja y tono de confianza, en un afrikáans emotivo, plagado de diminutivos, pese a que la situación no sea propicia. Es el tema de siempre, sobre cómo Ma ha traicionado a toda la familia al cambiarse de religión. Mejor dicho, al volver a su religión anterior. ¡A ser judía! En los últimos seis meses su tía se ha mostrado sumamente locuaz con este tema, desde que Ma enfermó, pero ¿qué se supone que debe hacer Amor al respecto? Es solo una niña, no tiene ninguna autoridad; además, ¿qué tiene de malo volver a tu religión anterior si te da por ahí?

Ella intenta no escuchar concentrándose en otra cosa. Cuando conduce, su tía se pone unos guantecitos de golf, a saber de dónde habrá sacado esa coquetería, o tal vez sea miedo a los microbios, y Amor fija su atención en las manos de su tía moviéndose sobre el volante. Si consigue concentrarse en las manos, en su forma, en los dedos cortos y romos, no tendrá que escuchar lo que la boca encima de las manos está diciendo y entonces no será cierto. Lo único cierto son las manos y yo que las estoy mirando.

... La cuestión es que tu madre dejó la Iglesia reformada holandesa para pasarse otra vez a esa cosa judía con el solo fin de fastidiar a mi hermano pequeño... Lo ha hecho para que no la entierren en la granja, cerca de su marido, ese es el verdadero motivo... Hay una forma correcta y una forma incorrecta, y lamento decir que tu madre eligió la incorrecta... En fin, suspira *tannie* Marina al llegar a la casa, esperemos que Dios la perdone y que la pobre esté ahora en paz.

Aparcan en la entrada, debajo del toldo de bonitas rayas verdes, moradas y naranja. Más allá se ve un diorama de la Sudáfrica blanca, el chalé suburbano de tejado de chapa construido con ladrillo visto rojo, rodeado de un foso de jardín descolorido. Un parque infantil de aspecto solitario en el amplio prado pardo. Un abrevadero de cemento para los pájaros, una casa de juguete y un columpio hecho con medio neumático de camión. Donde tal vez tú también te criaste. Donde empezó todo.

Sin llegar a pisar el suelo, unos centímetros por encima —hay un hueco diminuto y vertiginoso entre ella y las cosas—, Amor sigue a su tía, que se dirige a la puerta de la cocina. Dentro, *oom* Ockie se prepara un brandy con Coca-Cola, el segundo de la mañana. Se ha jubilado hace poco de su empleo estatal como delineante en el Departamento de Aguas y sus días son apáticos. Cuando su mujer lo pilla, se pone firme con cara de culpa y se lame el bigote manchado de nicotina. Ha tenido horas para vestirse adecuadamente, pero sigue en pantalón de chándal, camisa de golf y chanclas. Un hombre cuadrado, de pelo ralo fijado con Brylcreem y peinado hacia un lado para cubrir el cráneo. Le da a Amor un abrazo sudoroso, qué incomodidad para los dos.

Siento lo de tu madre, dice él.

Ah, sí, está bien, dice Amor, y ahí mismo se echa a llorar. ¿Es que la gente se va a pasar todo el día sintiendo lástima por ella porque su madre se ha convertido en esa palabra? Cuando llora se siente fea, como un tomate despachurrado, y piensa que debe huir, irse lejos de este horrible cuartito con su suelo de parqué, su caniche maltés ladrador y los ojos de sus tíos clavados en ella como uñas.

Deja atrás a toda prisa la sombría pecera de *oom* Ockie, recorre el pasillo con sus paredes pintadas al gotelé, de moda por aquí en estos tiempos. No hace falta insistir en cómo se enjuga las lágrimas, bastará con decir que, aunque sigue gimiendo, Amor abre el botiquín y mira dentro, algo que suele hacer en todas las casas que visita. A veces lo que se encuentra es interesante, pero estos

estantes están repletos de cosas deprimentes como pomada para dentaduras postizas y Anusol. Después le remuerde la conciencia por haber mirado y para absolverse tiene que contar los objetos de cada estante y recolocarlos en un orden más agradable. Después piensa que su tía lo notará y vuelve a dejarlos como estaban.

Al recorrer el pasillo de vuelta, Amor se detiene ante la puerta abierta del dormitorio de su primo Wessel, el menor y más corpulento de la prole de *tannie* Marina y el único que sigue viviendo en la casa. Ya tiene veinticuatro, pero desde que terminó el servicio militar no ha hecho otra cosa que pasarse el día allí encerrado, dedicado a su colección de sellos. Según parece tiene un problema que le impide salir a la calle. Su padre dice que está deprimido, y su madre, que está buscando su lugar en el mundo. Ahora bien, Pa ha expresado su opinión y dice que su sobrino es un holgazán malcriado y que habría que obligarlo a trabajar en algo.

A Amor no le cae bien su primo, y menos en este momento, con esas manazas amorfas y ese corte de pelo a la taza y esa forma rara en que pronuncia la letra ese. En ningún caso la miraría a los ojos, nunca lo hace, pero en ese momento apenas nota su presencia, porque tiene el álbum de sellos abierto sobre el regazo y con una lupa examina una de sus colecciones preferidas, el conjunto de tres sellos conmemorativos del doctor Verwoerd, emitido a los pocos meses del asesinato del gran prohombre.

¿Qué haces aquí?

Tu madre ha ido a recogerme al colegio y después ha venido aquí a recoger a tu padre y algo de comida.

Ah. ¿Y ahora te irás a tu casa?

Sí.

Siento lo de tu madre, dice, y al final la mira. Amor no puede evitarlo, se echa a llorar otra vez y tiene que secarse las lágrimas con la manga. Pero él vuelve a concentrarse en los sellos.

¿Estás muy triste?, le pregunta distraídamente, todavía sin mirarla.

Ella niega con la cabeza. En este momento es así, no siente nada, solo vacío.

¿La querías?

Claro, dice ella. La respuesta a esto último tampoco le remueve nada por dentro. Hace que se pregunte si está diciendo la verdad.

Media hora después se encuentra en el asiento trasero del viejo Valiant de Ockie. Al volante, sentado delante de ella, va su tío, orejudo, vestido con el traje de ir a la iglesia, pantalones marrones, camisa amarilla y zapatos relucientes; el humo de su cigarrillo garabatea en el parabrisas. Junto a él va su mujer, se ha arreglado, se ha rociado con Je T'aime y lleva una bolsa con ingredientes de repostería de su cocina. En este momento pasan delante del cementerio, en el extremo occidental de la ciudad, donde una pequeña multitud aguarda alrededor de una fosa en el suelo; allí cerca está el cementerio judío, donde dentro de poco... pero no, no pienses en eso, y no mires las tumbas, aunque no puedes evitar ver la señal del Acre de los Héroes, pero quiénes son los héroes, nadie lo ha explicado, Ma será ahora una heroína, tampoco pienses en eso, y luego te vas hundiendo en la horrenda zona de cemento, con los túneles de lavado de coches y los bloques de apartamentos de aspecto roñoso enfrente. Si sigues por el camino de siempre pronto dejarás atrás la ciudad, pero hoy no puedes ir por el camino de siempre porque discurre por Atteridgeville y hay disturbios en el distrito segregado. Disturbios en todos los distritos, se masculla en todas partes, incluso con el estado de emergencia que se cierne sobre la tierra como un nubarrón negro, las noticias sometidas a censura y el ánimo electrizado en todos lados, un tanto alarmado, no hay modo de acallar las voces que se oyen hablando por lo bajo, como el fino crepitar de la estática. Pero ¿de quiénes son las voces, por qué no podemos oírlas ahora? Chsss, las oirás si prestas atención, si escuchas.

... Somos el último puesto de avanzada del continente... Si Sudáfrica cae, Moscú beberá champán... Digámoslo con todas las letras, el gobierno de la mayoría supone el comunismo...

Ockie apaga la radio. No está de humor para discursos políticos, mucho mejor contemplar el paisaje. Se ve como uno de sus antepasados *voortrekkers*, viajando despacio hacia el interior en una carreta de bueyes. Sí, algunos sueñan de modo previsible. Ockie, el valiente pionero, flotando sobre la pradera. Allá fuera van dejando atrás unos campos pardos y amarillos, secos salvo allí donde un río los cruza, bajo el inmenso cielo del Alto Veld. La granja, que es como la llaman, aunque en modo alguno es una granja de verdad —un caballo, unas cuantas vacas, unas pocas gallinas y ovejas—, se encuentra allí, entre colinas bajas y valles, a medio camino de la presa de Hartbeespoort.

A un costado, por encima de una valla, ve un grupo de hombres con un detector de metales, vigilan a unos niños nativos que cavan agujeros en el suelo. Todo este valle perteneció a Paul Kruger y se rumorea con insistencia que debajo de estas piedras hay enterradas dos millones de libras de oro de la guerra de los bóeres. Así que cava por aquí, cava por allá, en busca de la riqueza del pasado. Qué codicia, pero hasta esto le da una pátina nostálgica. Los míos son un grupo valiente y duradero, sobrevivieron a los británicos, sobrevivirán también a los *kaffirs*. Los afrikáneres son un pueblo aparte, él lo cree realmente así. No entiende por qué Manie tuvo que casarse con Rachel. El aceite y el agua no se mezclan. Lo ves en sus hijos, unos inútiles, una panda de inútiles.

En este sentido, al menos, él y su mujer están en armonía. A Marina nunca le cayó bien su cuñada. Todo estaba mal en esa unión. ¿Por qué no se casaría su hermano con una de los suyos? Cometí un error, dijo él, y los errores se pagan. Manie siempre fue estúpido y cabezota. Llevar la contraria a su propia familia por alguien así, engreída y orgullosa, que al final, por supuesto, acabó dejándolo. Por el sexo. Porque él no podía tener las manos quietas. Actividad que a la propia Marina nunca le ha gustado demasiado, excepto aquella vez en Sun City con el mecánico, pero ay, ay, ay, calla, no saques ese tema ahora. Esa fue siempre la ruina de mi hermano, desde que empezó a afeitarse se convirtió en un cabrito,

se divertía y causaba problemas, hasta que cometió aquel error y después todo cambió. El error anda ahora por ahí suelto, cumpliendo el servicio militar. Hoy bien temprano le han enviado un mensaje, no llegará a casa hasta mañana.

Anton no llegará hasta mañana, le dice *tannie* Marina a Amor, y luego se dedica a mirarse en el espejo de la visera para retocarse el carmín de los labios.

Llegan al desvío por el lado equivocado y Amor tiene que bajarse a abrir el portón y volver a cerrarlo cuando el coche ha pasado. Después van dando saltos por un sendero de grava gruesa y las piedras, que asoman en algunos puntos, rascan metálicamente el chasis. Amor tiene la impresión de que el ruido se acentúa y la muerde. El dolor de cabeza empeora. Mientras recorrían la carretera abierta podía llegar a fingir que no estaba en ninguna parte, que iba a la deriva. Pero ahora todos sus sentidos le dicen que están a punto de llegar. No quiere llegar a la casa, porque cuando lo haga resultará obviamente cierto que algo ha pasado, que algo ha cambiado en su vida y que ya no habrá vuelta atrás. No quiere que el sendero haga lo que hace, pasar debajo de las torres de alta tensión y enfilar hacia la loma, no quiere que suba la cuesta, no quiere ver la casa al otro lado, en la hondonada. Pero ahí está y la ve.

Nunca le ha gustado demasiado. Para empezar, es una vivienda pequeña y rara, ya lo era cuando su abuelo la compró, ¿a quién se le ocurriría construir en ese estilo aquí en el monte? Pero cuando Oupa se ahogó en la presa y Pa la heredó, empezó a añadirle cuartos y edificaciones anexas sin estilo alguno, aunque él lo calificara de típico de la zona. No había lógica en sus planos, pero, según Ma, era porque quería ocultar el estilo art déco original que a él le resultaba afeminado. Ah, qué porquería, decía Pa, mi enfoque es práctico. Se supone que tiene que ser una granja, no una fantasía. Pero fíjate cómo acabó. En un batiburrillo de vivienda, con veinticuatro puertas por fuera que de noche hay que cerrar con

Ilave, un estilo pegoteado encima de otro. Ahí puesta, en medio del campo, como un borracho vestido con prendas desparejadas.

Así y todo, reflexiona *tannie* Marina, es nuestra. No mires la casa, piensa en las tierras. Tierra inútil, pedregosa, con la que no se puede hacer nada. Pero pertenece a nuestra familia, a nadie más, y eso da poder.

Y al menos, le dice a Ockie en voz alta, la esposa ya no sale en la foto.

Entonces, ay, Dios, se acuerda de la niña que va en el asiento de atrás. Cuidado con lo que dices, Marina, sobre todo en los próximos dos días, hasta que haya terminado el funeral. Habla inglés, eso te mantendrá a raya.

No me malinterpretes, le dice a Amor. Yo respetaba a tu madre.

(De eso nada.) Pero Amor no lo dice en voz alta. Se ha quedado muy rígida ahí detrás en el coche, que por fin se detiene. Ockie tiene que aparcar al principio del sendero de entrada porque hay demasiados coches delante de la casa, coches desconocidos en su mayoría, ¿qué hacen aquí? La gente y los acontecimientos se ven empujados hacia dentro, la fuerza del agujero central con forma de Ma los atrae. Cuando se baja y cierra la puerta con un ruido apagado, Amor se fija en un coche en particular, uno largo y negro, y el peso del mundo aumenta. ¿Quién conduce ese coche, por qué lo habrán aparcado delante de mi casa?

Le he pedido a los judíos esos que no se la lleven todavía, anuncia *tannie* Marina. Así puedes despedirte de tu madre.

Al principio Amor no entiende. Cruje, cruce, cruce la grava. A través de las ventanas de la fachada ve un grupo de gente en la sala, como una bruma densa, y en el centro está su padre, acurrucado en un sillón. Está llorando, le parece a Amor; después se le ocurre otra cosa: no, está rezando. Llora o reza, últimamente con Pa cuesta notar la diferencia.

Entonces lo comprende y piensa, no puedo entrar. El conductor de ese coche negro espera dentro para que me despida de mi madre y no puedo cruzar la puerta. Si cruzo la puerta será verdad y

mi vida nunca volverá a ser la de antes. Por eso se entretiene fuera mientras Marina la precede taconeando y dándose importancia, cargada con sus bolsas de ingredientes; Ockie arrastra los pies detrás de ella, y entonces Amor suelta la maleta en los escalones de la entrada, sale disparada por un costado de la casa, deja atrás el pararrayos y las bombonas de gas en su hornacina de hormigón en la pared, cruza el patio trasero donde Tojo, el pastor alemán, duerme tumbado al sol, con las pelotas moradas asomándose entre las patas, cruza el prado, deja atrás el abrevadero para los pájaros, la ceiba, las caballerizas y las casitas de los peones, corre hacia la loma.

¿Dónde está la niña? Venía detrás de nosotros.

Marina no puede creer lo que la maldita y estúpida niña acaba de hacer.

Ja, confirma Ockie y, a continuación, deseoso de colaborar, lo repite. ¡Ja!

Ag, ya volverá. Marina no está de humor para complacencias. Dejemos que esta gente se lleve ya a la pobre mujer. Con esa niña es tiempo perdido.

Mervyn Glass, el conductor del coche largo, se ha pasado las dos últimas horas sentado en la cocina, con la *yarmulke* en la cabeza, esperando la orden de la mujer mandona, hermana del viudo, que ahora le dice que se ponga en marcha. Es una familia muy complicada, no consigue descifrar lo que está pasando, aunque parece que no le importa. Esperar sumido en respetuoso silencio es una parte esencial de su trabajo y él ha desarrollado la capacidad de fingir una profunda calma mientras siente todo lo contrario. En el fondo, Mervyn Glass es un hombre frenético.

Ahora se levanta de un salto. Él y su ayudante se disponen a subir al dormitorio para llevarse los restos mortales de la difunta. Ello supone el uso de una camilla, una bolsa para meter el cadáver y una última manifestación de angustia del cónyuge, que se aferra a su esposa muerta y le implora que no se vaya, como si la mujer se marchara por su propia voluntad y alguien pudiera persuadirla de

cambiar de idea. No es algo raro, como diría Mervyn si se lo preguntaran. Ya ha visto todo esto muchas veces, incluso la curiosa fuerza que ejerce un cadáver y que atrae a todos. Mañana mismo eso habrá cambiado, el cadáver será cosa del pasado y su ausencia permanente quedará sepultada bajo planes, compromisos, recuerdos y el tiempo. Sí, mañana mismo. La desaparición empieza inmediatamente y, en cierto modo, no se termina nunca.

Pero mientras tanto está el cadáver, el horrible hecho carnal que supone, la cosa que recuerda a todos, incluso a quienes la muerta les importa poco, y de esos siempre hay unos cuantos, que llegará el día en que también estarán allí tendidos, como ella, vacíos de todo, una mera forma incapaz de mirarse a sí misma. Y ante su ausencia la mente retrocede, no puede pensarse sin estar pensando, el más gélido de los vacíos.

Por suerte la mujer no pesa, la enfermedad la ha consumido, no cuesta mucho bajarla por las escaleras, doblar el ángulo pronunciado del final y recorrer el pasillo hasta la cocina. Al salir por la puerta trasera la hermana mandona les da indicaciones, vayan por el costado de la casa, no pasen delante de los invitados. Si las visitas se dan cuenta de esta última partida solo es por el ruido del coche largo al arrancar, la nota del motor es una vibración que se apaga en el aire.

Y entonces Rachel se ha ido, se ha ido de verdad. Llegó aquí recién casada, embarazada, hace veinte años, y desde entonces no se ha ido, pero nunca más volverá a cruzar la puerta de entrada.

En el coche, quiero decir, en la casa, se ha atenuado cierto miedo tácito, aunque la gente no sabe bien por qué y apenas se ha expresado en palabras. De hecho, casi siempre son las palabras las que desvían el miedo, ¿te traigo otra taza de té? ¿Te apetece probar uno de mis bizcochos?

Es Marina quien habla, claro, la experta en derramar frases untuosas sobre turbulentas profundidades que amenazan con desbordarse. Mientras se retuerce el collar.

No, no tengo hambre.

Ese es Manie, su hermano mucho más joven, que la mira a los ojos como un búho, como una cría de búho que ella recogió y cobijó cuando era niña.

Anda, ven, toma al menos un poco de té. Estás deshidratado de tanto llorar.

Ay, por favor, por favor, por favor, dice él con una vehemencia que suena a rabia, aunque quizás no esté hablando con ella.

¿Qué le pasó al búho aquel? Algo malo, parece recordar Marina, aunque no sabría precisarlo del todo.

No volveré a tomar té, dice él.

Ag no, dice ella, irritada, no digas tonterías.

Marina no entiende por qué su hermano se toma tan mal la muerte de su esposa, la mujer se ha pasado los últimos seis meses agonizando y él ha tenido tiempo de sobra para prepararse para lo de hoy. Pero Manie se está deshaciendo, como el dobladillo de su jersey, Marina lo ha visto tirar del hilo.

Para de una vez, le ordena. Quítatelo y dámelo que te lo arreglo.

Él obedece en silencio. Marina se lleva el jersey y va a buscar aguja e hilo. Si es que Rachel tiene costurero. Tenía. La corrección mental resulta satisfactoria, como una articulación rígida que encaja en su sitio. Ahora Rachel estará siempre en pretérito.

Sin jersey Manie se estremece, a pesar de que hace un cálido día primaveral. ¿Se descongelará alguna vez? Nunca en vida de Rachel la necesitó con la ferocidad con que la necesita ahora y, en lo más hondo, siente su ausencia como una frialdad acerada. Ella sabía cómo llegar a lo más recóndito de mí para clavarle sus cuchillitos. No sabía diferenciar entre el amor y el odio, así de unidos estábamos. Dos árboles enroscados, las raíces entrelazadas como el destino. ¿Quién no iba a querer huir? ¡Solo Dios puede juzgarme, solo Él sabe! Perdóname, Dios, quiero decir, Rachel, mi carne es más débil que la de la mayoría.

Vuelta a llorar. Marina lo ve desde el otro extremo del cuarto. Después de todo ha encontrado un costurero en un cajón y se ha

acomodado en un rincón, desde donde observa el trajín en la casa mientras se muestra útil a la vista de todos. Coser y hornear, tiene manos hacendosas. No obstante, se distrae tanto al ver pasar a su marido con otra copa en la mano que se pincha un dedo.

Y en ese preciso momento, así, de la nada, le viene a la cabeza lo que le pasó al búho. Ag, lástima. Aquellas plumas blancas cuajadas de sangre.

Eh, te estoy viendo, le grita a Ockie.

Pero él se ha alejado ya, el bigote con sabor a brandy, pensando para sus adentros, cállate, ¿quién eres tú? En ese momento ha olvidado por qué está ahí y le pregunta a un hombre de la sala, ¿lo está pasando bien?

¿Cómo?, dice el hombre.

Ockie ha recobrado la compostura y se balancea sobre los pies. Ya sabe, dadas las circunstancias, dice.

El hombre con quien habla es un aprendiz de ministro de la Iglesia reformada holandesa. Alto y nervioso, con una abultada nuez, en el último año este aprendiz de ministro, sin que nadie se enterara, ha perdido casi por completo la fe. Se siente como dando tumbos en un páramo espinoso y, por consiguiente, sonríe sin parar. En el instante en que Ockie se dirige a él, el ministro sonríe para sus adentros mientras reflexiona sobre esa misma cuestión, la de no creer más en nada, y cuando le hablan se sobresalta con aire culpable.

Amor los ve a los dos, a su tío y al predicador escéptico, a través del vidrio de las puertas correderas de la sala. Desde lo alto de la loma ve la fachada entera de la casa, todas las ventanas a la vista, por eso le gusta sentarse aquí, aunque supuestamente no debe hacerlo sola. Nunca ha habido tanto trajín en la planta baja, múltiples siluetas humanas se mueven de acá para allá como personas de juguete en un edificio de juguete. Pero no es a ellos a quien presta atención. Clava la vista en una sola ventana, en el piso de arriba, la tercera por la izquierda, y piensa, allí está ella. Si bajo

la colina y subo las escaleras estará esperándome en su cuarto. Como siempre.

Y alcanza a ver a ese alguien moverse allí dentro. La silueta de una mujer trajinando en el cuarto. Si entrecierra los ojos, Amor se imagina que es realmente su madre, su cuerpo fuerte y sano otra vez, la que recoge los medicamentos que hay al lado de su cama. Ya no los necesita. Ma vuelve a encontrarse bien, el tiempo ha retrocedido, el mundo ha vuelto a la normalidad. Así de fácil.

Amor sabe que son imaginaciones suyas y que la persona del cuarto no es Ma. Es Salome, claro, que lleva toda la vida en la granja, o al menos esa es la sensación que da. Mi abuelo siempre hablaba de ella en estos términos, ah, Salome venía con las tierras.

Una pausa para observar, mientras quita las sábanas de la cama. Una mujer fuerte y maciza, que lleva un vestido de segunda mano, uno que Ma le regaló hace años. Se cubre el pelo con un pañuelo. Va descalza, las plantas de los pies rajadas y sucias. En las manos también tiene marcas, los rasguños y las cicatrices de incontables choques. Supuestamente tiene los mismos años que Ma, cuarenta, aunque parece mayor. Es difícil calcular su edad exacta. Su cara refleja bien poco, luce su vida como una máscara, como una imagen tallada.

Hay algunas cosas que sí sabes, porque las has visto. Del mismo modo impasible con que Salome barre y limpia la casa y lava la ropa de la gente que vive en ella, cuidó de Ma en su última enfermedad, la vistió, la desvistió, la ayudó a bañarse con un cubo de agua caliente y un trapito, la ayudó a ir al baño, sí, e incluso le limpió el culo después de usar la cuña, le limpió la sangre, la mierda, el pus y el pis, todas las tareas que los de la familia de Ma no querían hacer, por demasiado sucias o demasiado íntimas, que se ocupe Salome, para eso se le paga, ¿no? Ella estaba con Ma cuando murió, ahí al lado de la cama, aunque nadie parece verla, por lo visto es invisible. Y lo que Salome siente también es invisible. Le han ordenado limpia aquí, lava las sábanas, y ella obedece, recoge, lava las sábanas.

Pero Amor la ve a través de la ventana, de modo que después de todo no es invisible. Piensa en el recuerdo, que no ha entendido hasta ahora, de una tarde de hace apenas dos semanas, en ese mismo cuarto con Ma y Pa. Se olvidaron de que ella estaba ahí, en un rincón. No me vieron, para ellos yo era como una mujer negra.

(¿Me lo prometes, Manie?

Aferrada a él, las manos esqueléticas agarrándolo, como en una película de terror.

Ja, lo haré.

Porque quiero que ella tenga algo. Después de todo lo que ha hecho.

Lo entiendo, dice él.

Prométeme que lo vas a hacer. Dilo.

Lo prometo, dice Pa, se le entrecorta la voz.)

Amor sigue viendo la escena, sus padres unidos como Jesús y Su madre, un nudo tremendo y triste de abrazos y llanto. El sonido estaba en otra parte, muy alto y fragmentado, las palabras no le han llegado sino hasta ahora. Pero por fin entiende de quién hablaban. Por supuesto. Obvio. Vaya.

Está sentada en el lugar que le gusta, entre las piedras, al pie del árbol quemado. Donde me encontraba cuando cayó el rayo, donde estuve a punto de morir. Crac, fuego blanco caído del cielo. Como si Dios te hubiese señalado, dice Pa, pero qué sabrá él, no estaba aquí cuando pasó. La ira del Señor es como una llama vengadora. Pero yo no me quemé, no como el árbol. Salvo los pies.

Dos meses en el hospital, en recuperación. Las plantas de los pies todavía le duelen y le falta uno de los meñiques. Se lo toca ahora y palpa la cicatriz. Un día, dice en voz alta. Un día voy a. El pensamiento se detiene a medio camino y lo que va a hacer un día queda flotando en el aire.

Lo que pasa ahora es que alguien más está subiendo la colina por el otro lado. Se acerca una figura humana, poco a poco va cobrando forma, adquiriendo edad, sexo y raza, como prendas de

vestir, hasta que Amor ve a un niño negro, también de trece años, lleva pantalón corto raído y camiseta, calza zapatillas de lona rotas.

El sudor pega la tela a la piel. Despégala con los dedos.

Hola, Lukas, saluda ella.

Qué tal, Amor.

Primero hay que golpear la tierra con un palo. Después él se sienta en una piedra. Se hablan con facilidad. No es la primera vez que han coincidido aquí arriba. Todavía niños, a punto de dejar de serlo.

Siento lo de tu mamá, dice él.

Ella está a punto de llorar otra vez; se contiene. Dicho por él está bien, porque el papá de Lukas también murió, en una mina de oro cerca de Johannesburgo, cuando él era muy pequeño. Algo los une. Lo que Amor acaba de recordar se desborda, quiere contárselo.

Ahora es tuya. La casa, dice ella.

Él la mira sin entender.

Mi madre le dijo a mi padre que se la diera a tu madre. Un cristiano nunca falta a su palabra.

Él mira colina abajo, hacia el otro lado, a la casita torcida donde vive. Casa Lombard. Así la llama todo el mundo, pese a que la vieja señora Lombard murió hace años, antes de que el abuelo de Amor la comprara para evitar que se instalara aquella familia india y luego dejó que Salome viviera en ella.

¿Nuestra casa?

Ahora será vuestra.

Lukas parpadea, todavía confundido. Siempre ha sido su casa. Nació allí, duerme allí, ¿de qué habla la niña blanca? Empieza a aburrirse, escupe y se levanta. Ella se fija en las piernas de él, se han hecho largas y fuertes, y en los pelos ensortijados que le crecen en los muslos. Y nota su olor, apesta a sudor. Todo esto es nuevo, o quizás sea nuevo el notarlo, y ya empieza a sentirse incómoda, incluso antes de darse cuenta de que él la mira.

¿Qué?, dice ella, se acurruca y se abraza las rodillas.

Nada.

Lukas salta hasta la piedra donde está ella, se agacha a su lado. Su pierna desnuda está cerca de la suya y Amor nota su calidez, una picazón, y aparta la rodilla.

Puaj, dice. Tienes que lavarte.

Él se levanta rápidamente y salta de vuelta a la otra piedra. Ahora ella lamenta haberlo echado, pero no sabe qué decir. Él vuelve a empuñar el palo y se pone a golpear.

Posmubien, dice.

Vale.

Lukas baja otra vez la colina por donde ha venido, desmocha las puntas blancas de la hierba con el palo, lo hunde en los termiteros. Para que el mundo se entere de su presencia.

Ella lo observa hasta que desaparece; ya se siente más liviana ahora que el coche negro se ha ido y la enorme oscuridad que llevaba encima también se ha ido. Después va bajando sin rumbo fijo por el otro lado de la loma, se detiene aquí y allá a mirar una piedra o una hoja, su propia casa, o la casa que considera como propia. Cuando cruza la puerta trasera, han pasado ciento treinta y tres minutos y veintidós segundos desde que se escapó. Ya no están cuatro de los coches, incluido el largo y negro, y solo ha llegado uno nuevo. El teléfono ha sonado dieciocho veces, el timbre lo ha hecho en una ocasión, dos veces, pues alguien ha enviado flores que sorprendentemente llegan hasta aquí. Se han consumido veintidós tazas de té, seis tazones de café, tres vasos de refrescos y seis brandies con Coca-Cola. En los tres lavabos de abajo, no habituados a tanto trajín, han tirado de la cadena un total de veintisiete veces para eliminar nueve coma ocho litros de orina, cinco coma dos litros de mierda, el contenido regurgitado de un estómago y cinco mililitros de esperma. Los números siguen sin parar, pero ¿de qué sirven las matemáticas? En realidad, en cualquier vida humana solo hay una cosa de todo.

Cuando entra sigilosa en la cocina oye voces a lo lejos, aunque esta parte de la casa está en silencio. Sube las escaleras a la

primera planta. Comienza a recorrer el pasillo hasta su cuarto. De camino tiene que pasar delante de la puerta del dormitorio de Ma, ahora vacío. Salome ha ido a lavar la ropa de cama, y aunque sabe que lo que no pasó no ha pasado aquí, debe entrar, tiene que entrar.

La niña pequeña curiosea entre las cosas de su madre. Se las conoce de memoria, el número de pasos que hay de la puerta a la cama, dónde está el interruptor de la lámpara, el estampado de volutas naranja de la alfombra como el inicio de una migraña, etcétera, etcétera. Con el rabillo del ojo le parece atisbar la cara de Ma reflejada en el espejo, pero cuando lo mira ya no está. En cambio le llega el aroma de su madre, o una mezcla de olores que considera que son su madre, pero que en realidad son los restos de hechos recientes como los vómitos, el incienso, la sangre, los medicamentos, el perfume y una oscura nota subyacente, tal vez el olor de la enfermedad misma. Exhalado por las paredes, flota en el aire.

Ma no está aquí.

Habla su hermana Astrid, que se las ha arreglado para encontrarla y la ha seguido.

Se la han llevado.

Ya lo sé. Lo he visto.

Han deshecho la cama y el colchón desnudo está manchado con algo indefinible. Las dos miran el intenso contorno oscuro como si fuese el mapa de un nuevo continente, fascinante y aterrador.

Estaba con ella cuando murió, dice Astrid al fin, le vibra la voz al decirlo porque es una falsedad. No estaba con su madre cuando murió. Estaba detrás de las caballerizas, hablando con Dean de Wet, el chico de Rustenburg que viene a veces a echar una mano en la granja y limpia las caballerizas. Dean perdió a su padre hace unos años y ha estado aconsejando a Astrid durante la agonía de su madre. Es un muchacho llano y sincero, y a ella le gustan sus atenciones, es parte de una mayor conciencia masculina a la que últimamente se ha vuelto más receptiva. De modo que las únicas personas que acompañaban a Rachel Swart cuando le llegó la hora

fueron el marido, alias Pa o Manie, y la chica negra, cómo se llamaba, ah, sí, Salome, que por supuesto no cuenta.

Debería haber estado con ella. Es lo que piensa Astrid. El hecho de que anduviese tonteando con Dean no hace más que aumentar sus remordimientos. Cree, erróneamente, que su hermana menor sabe la verdad sobre ella. No solo esta verdad, sino otras más. Por ejemplo, que hace media hora ha vomitado la comida, como tiene costumbre, para mantenerse delgada. Es propensa a miedos paranoicos como estos, a veces sospecha que quienes la rodean le leen el pensamiento, o que la vida es una compleja representación en la que todos los demás actúan, siendo ella la única que no lo hace. Astrid es una persona con muchos miedos, entre otras cosas teme la oscuridad, la pobreza, las tormentas eléctricas, engordar, los terremotos, los maremotos, los cocodrilos, los negros, el futuro, que las estructuras ordenadas de la sociedad se vengan abajo. Teme no ser querida. Teme no haberlo sido nunca.

Amor llora otra vez, porque Astrid ha dicho esa palabra como si fuese un hecho y no lo es, no lo es, aunque la casa esté llena de gente que no debería estar allí, que normalmente no está allí, o que no lo está a la vez.

Deberíamos prepararnos, dice Astrid con impaciencia. Tienes que quitarte el uniforme.

¿Prepararnos para qué?

Astrid no tiene respuesta, lo cual la irrita.

¿Dónde te habías metido? Te estuvimos buscando todos.

Me subí a la loma.

Sabes que no debes subir sola. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? ¿En su dormitorio?

Estaba mirando.

¿Mirando qué?

No lo sé.

Es la verdad, no lo sabe, solo está mirando, nada más.

Anda, ve a cambiarte, le ordena Astrid, poniendo voz de adulta, ahora que ha quedado un puesto libre.

No eres quién para darmel órdenes, dice Amor, pero obedece con tal de huir de Astrid que, en cuanto se queda sola en el cuarto, se apodera de una pulsera que ha visto en la mesilla de noche, un brazalete de cuentas azules y blancas. Ha visto a su madre llevarlo, se lo ha probado otras veces. Ahora vuelve a ponérselo en la muñeca, lo nota bien ajustado, tomándole el pulso. Decide que siempre ha sido suyo.

No soy hermosa. Eso piensa Amor, no por primera vez, cuando se mira en el espejo fijado por dentro a la puerta de su armario. Está en ropa interior, incluido un sostén pequeño, comprado hace poco; la sensación de la carne en cierres sigue siendo nueva e inquietante. Se le han ensanchado las caderas y el ensanchamiento le resulta pesado, exagerado, obsceno. Le disgustan su barriga y sus muslos, y cómo se le caen los hombros. Le disgusta su cuerpo entero, igual que a muchos de vosotros, pero con especial intensidad adolescente, que hoy parece más presente que de costumbre, más densa y acaloradamente presente.

En momentos de recogimiento interno como ese el aire que la rodea se carga de clarividencia. Últimamente le ha ocurrido varias veces y ha sabido de antemano, con un milisegundo de antelación, que un cuadro se caerá de la pared, una ventana se abrirá de golpe, un lápiz rodará por el escritorio y acabará en el suelo. Hoy mira más allá de su imagen en el espejo y tiene la certeza de que el caparazón de una tortuga ennegrecido por el fuego, depositado en la mesilla de noche, se elevará en el aire. Lo ve levantarse. Como si lo impulsara con los ojos, lo observa moverse con calma hasta el centro del cuarto. Después lo deja caer, o tal vez lo lanza, porque golpea con bastante fuerza contra el suelo y se rompe.

El caparazón de tortuga es, o más bien era, uno de los pocos objetos que Amor ha colecciónado, todos ellos encontrados allá fuera, en el campo. Una piedra con una forma extraña, el cráneo diminuto de una mangosta, una larga pluma blanca. Por lo demás el cuarto carece de los signos y pistas habituales, en él solo se ven la cama individual, la mesilla de noche y la lámpara, el armario y la

cómoda, el suelo de madera sin moqueta ni revestimiento. Las paredes también están desnudas. Cuando la niña no está en casa el cuarto es como una página en blanco, no hay en él marcas ni pistas que digan nada de ella, lo cual tal vez sí diga algo de ella.

Poco después, cuando baja las escaleras, lleva en la mano un trozo del caparazón de tortuga. Todavía hay gente dando vueltas por la casa, Amor fija la vista al frente y avanza hacia la silueta de su padre, que sigue acurrucado en el sillón.

¿Dónde te habías metido?, pregunta Pa. Nos tenías preocupados.

Estaba en la loma.

Amor. Sabes que no debes ir allí sola. ¿Por qué te empeñas en volver?

No quería verla. Me escapé.

¿Qué llevas ahí?

Le entrega el fragmento retorcido del caparazón, en su azoramiento no consigue recordar del todo qué es o de dónde sale. Se parece a una gigantesca uña vieja, del dedo gordo de un pie, puaj, qué asco. Algo que habrá recogido allá fuera. Siempre anda trayendo trozos repugnantes de la naturaleza. Él está a punto de tirarlo, pero el impulso se desvanece y lo sostiene como ella, sin fuerzas.

Ven aquí.

Lo invade una gran ternura por Amor, profunda y sentimental a la vez. Tan indefensa, alma sencilla. Mi niña, mi niñita linda. La acerca hacia él y de pronto los dos se funden y retroceden siete años, a un momento similar, en la blancura que quedó tras caer el rayo, al instante entre el sueño y la vigilia que siguió al accidente. Mientras baja a Amor de la loma. Sálvala. Sálvala, Señor, y seré tuyo para siempre. Para Manie fue como Moisés descendiendo de la montaña, fue la tarde en que el Espíritu Santo lo tocó y le cambió la vida. Amor lo recuerda de otro modo, como el pestazo a carne quemada en el aire, como una *braaivleis*, el hedor del sacrificio en el centro del mundo.

La loma. Lukas. La conversación. Ha bajado las escaleras para decir justamente eso y se aparta de donde ha estado aplastada contra la camisa de su padre, el olor a sudor, a pena y a desodorante Brut.

Cumplirás la promesa, dice ella. A ninguno de los dos les queda claro si es una afirmación o una pregunta.

¿Qué promesa?

Ya lo sabes. Lo que Ma te pidió que hicieras.

Pa está cansado, casi granulado, en cualquier momento se le puede escapar toda la arena que lleva dentro. Ja, contesta vagamente, si lo he prometido, entonces lo haré.

¿Lo harás?

He dicho que sí. Saca un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se suena la nariz, luego mira el pañuelo para ver qué ha salido. Lo vuelve a guardar. ¿De qué estamos hablando?, pregunta.

(De la casa de Salome.) Pero Amor también se queda sin energía y vuelve a dejarse caer contra el pecho de su padre. Cuando habla, él no la oye.

¿Qué has dicho?

No quiero volver a la residencia. No me gusta nada.

Él lo piensa. No tienes que volver, dice. Era algo temporal, mientras Ma... mientras Ma estaba enferma.

¿Entonces no voy a volver?

No.

¿Nunca?

Nunca. Lo prometo.

Amor se siente ahora hundida y apartada, como si se encontrara en una caverna subterránea caliente y silenciosa. Veleidades del corazón. La tarde enfila el estrecho sendero hacia su largo y amarillo final. Mi madre ha muerto hoy bien temprano. Pronto será mañana.

Manie se cansa de que se aferre a él y debe reprimir un indecoroso deseo de apartarla. Siempre le ha preocupado, sin ninguna base concreta, si Amor es realmente hija suya. La última en

nacer, no fue buscada, fue concebida en la época más problemática de su matrimonio, más o menos hacia la mitad, cuando él y su mujer empezaron a dormir en cuartos separados. No había mucho amor que digamos, sin embargo, fue cuando Amor llegó.

Pero venga de donde venga, sin duda, la niña forma parte del plan celestial. Está claro que ha sido el instrumento de su conversión, cuando el Señor estuvo a punto de arrebatarla y Manie se abrió al fin al Espíritu Santo. Fue poco después de aquello, en un momento de profunda oración, cuando comprendió lo que debía hacer para purificarse. Él, Herman Albertus Swart, debía confesar sus faltas a su esposa y pedirle perdón, de manera que le contó todo a Rachel, incluido lo del juego y las prostitutas. Se había desnudado y rebajado, pero en vez de iluminarse, su matrimonio se hizo oscuro, en vez de perdonarlo, ella lo juzgó y lo encontró muy deficiente, en vez de acompañarlo hasta el valle de luz, enfiló el camino contrario, regresó con los suyos. ¡Los caminos del Señor serán siempre inescrutables para nosotros!

Se gira en el sillón y toma entre las manos la cara de Amor, la levanta hacia él, observa sus rasgos, busca algún indicio que provenga solo de su propio cuerpo, de sus células. No es la primera vez que lo hace. Ella lo mira a su vez desde sus oscuras constelaciones, asustada.

Podría estar a punto de decirle algo a la niña, pero por suerte se lo impide la llegada del reverendo Simmers. El buen ministro se ha pasado aquí gran parte del día para ofrecer rezos y consejos a un miembro importante de su congregación. En los años de búsqueda desde que Manie fue tocado por el fuego de Dios y se entregó por fin a la verdad, Alwyn Simmers ha sido su guía y su pastor. Los rigores de su Iglesia son las vigas y los puntales que me mantienen en pie.

Me temo que debo marcharme, dice el ministro. Pero mañana vendré otra vez.

Percibe a Manie como una masa borrosa, porque el predicador está perdiendo la vista, sus ojos se ocultan detrás de unas gafas

gruesas y oscuras, y dondequiera que vaya necesita apoyarse en alguien. Apoyarse con todas las letras, en estas circunstancias Jesús no es más que una metáfora. De ahí la presencia del aprendiz de ministro, el que ha perdido la fe, que ahora intenta orientar al predicador para que la conversación sea cara a cara.

Manie encuentra por fin un motivo para apartar a su hija, con cuidado, como un mueble frágil, y olvidarse de ella un momento. Los acompaña hasta el coche, dice. Mientras dirige a los dos hombres hacia la puerta, pasa delante del aparador donde se encuentra una foto suya enmarcada, tomada hace veinte años en Scaly City, su parque de reptiles, poco después de la inauguración. Desde el primer día se hizo de oro, se nota en la amplia sonrisa del muchacho de la foto. Manie a los veintisiete. Considerado un buen partido en su época. Muy divertido, siempre haciendo el payaso, y encima apuesto, fíjate en la foto si no te lo crees. Mechón largo caído sobre la frente, sonrisa descarada que deja ver los dientes. Un chico un tanto malo. En cada mano sostiene una serpiente enfurecida y letal, una mamba negra en la izquierda, una mamba verde en la derecha; proyecta su juventud, su salud y su seguridad fuera del marco. Gafas oscuras, por supuesto, con montura gruesa y brillante, profusas patillas cobrizas, el mismo color que el vello que le crece en el pecho desnudo. Fértil, libre, todos querían un trozo de él, no es de extrañar que Rachel lo dejase todo por él. Después cambió de idea cuando él también cambió.

Fuera, el predicador busca a tientas a Manie para abrazarlo, le falta el aliento pero mantiene la postura. Encuentra la fuerza en Cristo, le dice al oído. Una frase sin sentido, si lo piensas, pero Manie dice que sí, que encontrará la fuerza en Cristo. Ya lleva mucho tiempo haciéndolo. ¿Volverá mañana?, pregunta con inquietud, no está seguro de que le baste con Cristo solamente, y el ministro promete que volverá.

Luego se alejan de la granja en el coche, o mejor dicho, el aprendiz de ministro va al volante y el anciano, sentado a su lado. En el accidentado trayecto hasta el portón no dicen palabra, aunque

la nuez del conductor sube y baja, igual que el flotador de un sedal, como si tuviese algo que decir.

Alwyn Simmers no se mueve hasta que han cruzado el portón y enfilaro el camino asfaltado.

Maravillosa familia, comenta. Ese hombre no se quebrará.

El conductor escucha y, envidioso, sonríe para sus adentros. ¡No quebrarse! ¿Es posible semejante certeza? Para mí no. No esta noche. Confiar incluso en que no se saldrá de este camino, con las manos tan resbaladizas, ya es tener demasiada fe.

El viejo ministro es un hombre corpulento y blando, con una onda de pelo castaño y rizado peinada de lado. En general tiene un aspecto arrugado, porque a su hermana Laetitia, que cuida de él en casa, no se le da bien la plancha. Y la piel de las manos, el cuello y la cara, todo lo que queda a la vista, está laxa y arrugada, y a nadie le gustaría ver el resto, lo que la ropa cubre.

Es de natural circunspecto, pero esta tarde se lo ve especialmente comedido, porque la muerte de Rachel, una mujer cuya mano se levantó contra él desde el principio, sí, una mujer terca y orgullosa que vivió a espaldas del Señor, lo ha acercado a algo que desea mucho. ¡No para él, no, por supuesto que no! Solo para la Iglesia y el fomento de la obra del Cielo. Yo soy un mero instrumento. Pero el instrumento presente que el camino está por fin despejado, y que tal vez muy pronto se hará con unos terrenos provechosos.

Pasa a recogerme mañana, a las cuatro de la tarde, decide.

¿Vamos a volver a... a ver a esa gente?

Ja, regresaremos junto a la familia Swart. Mi trabajo allí no ha terminado.

Para cuando llega la puesta de sol, especialmente vistosa en esta zona, todas las visitas se han ido y la familia se queda sola. A estas alturas, *oom* Ockie se escora un poco a la derecha, tal vez por el peso de la sonrisa desigual, elevada en un solo extremo. Él y Pa están sentados en la sala viendo el telediario, que no trae buenas nuevas del resto del país. Una bomba lapa en Johannesburgo,

tropas en los distritos segregados. De vez en cuando Pa se viene abajo y solloza un rato, como si la situación de Sudáfrica lo conmoviera. Ockie se limita a dar sorbos y sonreír.

En la cocina, Marina vigila a la chica negra, que debe fregar una pila de platos y tazas. Por la forma en que se arrastra, lenta y pesada, se diría que es ella la que acaba de perder a un familiar. Imperdonable que sea tan holgazana en un día como este, hay que empujarla como una roca, es agotador estar todo el tiempo dando órdenes. Enfadada, Marina recorre la casa una última vez en busca de restos de comida. En el comedor se encuentra con su sobrina, a la que todavía no ha tenido ocasión de reprender. ¿Adónde te escapaste, Amor?, exige saber, más disgustada de lo que creía, y le da por pellizcarle el brazo, con un destello de auténtica crueldad en las uñas.

Ay, dice Amor por toda respuesta, y con una satisfacción desmedida Marina sale pisando fuerte hacia la planta de arriba. Entra en el dormitorio de Rachel y vacila un momento antes de cerrar las ventanas y correr las cortinas. Le parece notar un leve aroma, un olor en el aire. Fuera es de noche.

Es de noche, la misma noche pero más tarde, las estrellas se han movido. La luna, apenas una cutícula, proyecta un levísimo fulgor metálico sobre el paisaje de piedras y colinas, haciendo que parezca casi líquido, un mar mercurial. De vez en cuando, la cinta de la carretera principal se ve pespunteada a cámara lenta por los faros de un coche que, con su carga de vidas humanas, se desplaza de un sitio a otro.

La casa está a oscuras, salvo por los reflectores de proa y de popa, atención a los términos náuticos, que iluminan el sendero de entrada y el prado, y una única lámpara encendida dentro, en la sala. En las habitaciones de abajo todo está inerte en su mayor parte, salvo por el ocasional escabullirse de algún insecto, o será un roedor, y por las diminutas expansiones y contracciones de los muebles. Toc, toc, cric, crac.

Pero arriba, en los dormitorios, algo parpadea. El colchón de Pa es una balsa, sacudido en una corriente de sueños inquietos. Pa se ha tomado el sedante recetado por el doctor Raaff, que es lo que le mantiene la cabeza justo debajo de la superficie, observando las imágenes que se refractan desde arriba. En muchas de ellas ve a su esposa, alterada en cierto modo, un tanto achispada. Hay en ella algún rasgo de otra persona por completo distinta, alguien que él no conoce. ¿Cómo es posible?, le grita. Estás muerta. Eso que dices es imperdonable, Manie, le suelta ella, estoy muy dolida. A él se le estruja el corazón como un trapo. Lo siento, lo siento.

Junto a él, a través de la pared, a unos pocos palmos de distancia, Astrid se tensa en el sueño. Ha perdido la virginidad hace poco, con un chico que conoció en la pista de hielo, el sexo fluye a través de ella como un viento dorado. Se ha olvidado del dolor, aunque forma parte del brillo que desprenden las caras de los muchachos, con sus barbas rasposas, y en concreto en este sueño alrededor de la cara de Dean de Wet, cuya boca es de un tono rosado del que carece cuando está despierta y que la estremece en lo más hondo, ahí abajo donde todo confluye.

En el cuarto de invitados, *tannie* Marina dormita y se sobresalta, dormita y se sobresalta. Solo alcanza el principio de un sueño en el que va de pícnic a algún viejo fortín, en alguna parte, con P. W. Botha, que le da de comer fresas con los gruesos dedos blancos, antes de que una patada la despierte. En su casa de Menlo Park no comparte lecho con Ockie, que, acostado a su lado, se retuerce igual que la víctima de un atropello en el que el conductor se da a la fuga, mientras espera atención médica. Vaya pensamiento, Marina, vergüenza debería darte, pero no puedes evitar lo que piensas, es algo humano, y cosas mucho peores te han pasado por la cabeza, claro que sí. El pie de su marido toca el suyo, ella lo aparta. Qué tremendo retraerse de aquel que una vez, brevemente, amaste, o creíste amar, o quisiste pensar que amabas. Pero al que, pase lo que pase, estás encadenada de por vida.

En el otro extremo de la cadena, Ockie se sacude como un oso bailarín. No sueña, no exactamente, a menos que los bajíos por los que chapotea sean una especie de sueño, pero allí no ocurre casi nada, solo se produce un constante cambio de colores. Una burbuja surge del fondo del mar, es expulsada como una ráfaga de viento contra el costado de su mujer, que se tensa y aletea las narinas en señal de protesta.

En su dormitorio del final del pasillo, Amor pasa las horas sin poder dormir. No es raro en ella, créeme, todas las noches antes de conciliar el sueño su mente debe salir de donde está ubicado el cuerpo, tendido boca arriba en la cama, para alcanzar y tocar ciertos objetos en determinados lugares, en un orden establecido. Solo cuando lo ha hecho puede relajarse lo suficiente para dejarse llevar. Esta noche eso no le funciona, otras imágenes del día demasiado potentes se abren paso a codazos, los labios apretados de la señorita Starkey, el palo de Lukas golpeando el suelo, el punto dolorido en el brazo donde la ha pellizcado su tía, cuánta rabia en esos dedos que lanzan al universo su pequeña descarga de dolor, fíjate en mí, aquí estoy, Amor Swart, 1986. Ojalá el día de mañana no llegara nunca.

Cualquiera sabe, tal vez todos estos sueños se fundan y formen un único sueño más grande, un sueño de la familia entera, pero falta alguien. En este mismo instante se baja de un vehículo Buffel en un campamento militar al sur de Johannesburgo, viste el uniforme marrón del ejército y lleva un fusil. Ayer por la mañana utilizó el fusil para dispararle a una mujer en Katlehong y matarla, acto que jamás en la vida imaginó que fuera a cometer, y desde entonces no ha hecho más que darle vueltas en la cabeza, lleno de asombro y desesperación.

Swart.

¿Ja, mi cabo?

El capellán quiere verte.

¿El capellán?

Nunca ha hablado con el capellán. El hombre se ha enterado de lo que ha hecho, piensa, y por eso quiere hablar con él. Su pecado se ha transmitido de algún modo, él se ha cobrado una vida, debe pagar. Pero no era mi intención. Pero lo hiciste.

La mujer iba a tirar una piedra, se agachó para recogerla, un fagonazo de rabia lo recorrió, concomitante con el de ella. Él no lo pensó, la odiaba, la borró. Todo en unos pocos segundos, en un instante, listo, se acabó. Listo, nunca. Se acabó, nunca.

De modo que incluso después de que el hombre se lo haya dicho, él sigue creyéndose responsable. Mi madre ha muerto, la maté yo. Ayer por la mañana le disparé y la maté.

Hemos intentado localizarlo, dice el capellán. Enviamos un mensaje por radio. Creímos que lo había recibido.

Se encuentra en el despacho del capellán, sentado al escritorio, frente a él. Hay un póster cristiano pegado en la pared con Prestik, yo soy el Camino y la Vida, pero aparte de eso el cuarto tiene un aspecto desangelado y corriente, demasiado corriente para contener los sentimientos que se han desatado en él.

Estaba en Katlehong, dice. Había disturbios.

Ja, ja, por supuesto. El capellán es diminuto y quisquilloso, le asoma vello por las orejas. Tiene grado de coronel, pero en este momento va en chándal, la cara desdibujada por el sueño. Tras cumplir con su doloroso deber no ve la hora de volver a la cama, el reloj marca las 03.00.

Aquí tiene un permiso de siete días, le dice al recluta. Siento lo de su madre, pero estoy seguro de que descansa en paz.

El muchacho no parece haberlo oído. Clava la vista en la ventana, mira la oscuridad. Tuvimos que controlar la situación, dice con calma.

Ja, por supuesto, para eso está aquí. Para eso está el ejército. El capellán nunca ha luchado en el fondo de su alma con interrogantes de esta naturaleza, las respuestas siempre han sido obvias. Se pregunta vagamente si este muchacho no será del tipo

subversivo. ¿Quiere un permiso más largo?, le pregunta. ¿De diez días?

Oh, dice el muchacho. No, creo que no.

Pues muy bien.

Mi madre se hizo judía, ¿sabe?, o más bien volvió a su religión, y les gusta enterrar a sus muertos enseguida. A ser posible el mismo día. Pero me van a esperar a que llegue a casa y lo harán mañana.

Entiendo.

Lo han organizado así. Lleva meses agonizando. Todos quieren que se acabe.

Pues muy bien, repite el capellán con incomodidad.

El muchacho se levanta por fin. Mis padres nunca deberían haberse casado, dice. No se parecían.

Regresa sin prisa a su tienda por los caminos oscuros del campamento. Debajo de la lona, otros cientos como él, apilados en filas. Mi madre ha muerto. La puerta por la que llegué al mundo. No hay vuelta atrás, no es que alguna vez la haya habido. Ayer le disparé y la maté. No era mi intención. Pero tú no lo hiciste, no mataste a tu madre. Mataste a la madre de otro. Por eso la mía debe morir.

Está muy cansado, lleva cuarenta horas sin dormir y ahora no hay perspectivas de que lo haga hasta llegar a casa. Algo cruje y arde. La mecha se enciende. En la nariz nota un olor perpetuo a goma quemada que se eleva desde algún punto dentro de él. Llega a su tienda, donde lo espera la cama, pero sigue caminando, le gusta el sonido de sus botas en el camino. Dormid, soldaditos, mientras el minotauro pasa pisando fuerte. Arrastrándose hacia Belén en el Estado Libre.

En el extremo más alejado del campamento, hace guardia un soldado. Un recluta como él. ¿Qué quieres?, pregunta, parece asustado.

El oro y tus mujeres, contesta Anton. Por algún motivo habla afrikáans, aunque se da cuenta de que el otro tipo es inglés. La

lengua de mi padre, siempre extraña para mí. No, he cambiado de idea, vengo en son de paz. Llévame ante tu jefe.

No deberías estar aquí.

Lo sé. Lo he sabido desde el día que nací. Mete los dedos a través de la malla metálica y se cuelga con todo el peso de su cuerpo. Unos reflectores amarillos proyectan extrañas sombras sobre el asfalto. Al otro lado de la valla hay un aparcamiento repleto de vehículos militares, muchos son Buffels, como ese otro en el que viajaba cuando ocurrió. Ayer, apenas ayer. Cuánta vida por delante.

He perdido a mi madre, dice.

¿La has perdido?

Le disparé con mi fusil, para proteger al país.

¿Le disparaste a tu madre?

¿Cómo te llamas?

Payne.

Mira tú. Cambia al inglés. Nos conocemos de antes. ¿Es una alegoría? ¿Es real? ¿Tienes nombre de pila?

¿Mi nombre de pila? ¿Para qué quieres saberlo?

El otro levanta la mano. Me rindo, soldado Payne.

¿Te encuentras bien?

¿Tengo cara de encontrarme bien? No, no me encuentro bien.

Mi madre ha muerto. Gracias por la compañía, Payne. Nos vemos en el futuro.

Se aleja tambaleándose por donde ha venido y la conversación desaparece, como casi todas, en el aire, o en la tierra, se hunde o se eleva para no volver nunca más. Cuatro horas después el fusilero Anton Swart, de diecinueve años, se encuentra al lado del camino cerca de Alberton, en la zona de recogida militar, con la esperanza de que alguien lo lleve a su casa. Está demacrado, está pálido. Un muchacho apuesto, de ojos y pelo castaño, tiene algo en la cara que jamás estará en calma.

En Pretoria llama a la granja desde una cabina de teléfono. Las ocho y media de la mañana. Contesta Pa, como aturdido. No reconoce la voz de Anton. ¿Quién llama?

Soy yo, tu hijo y heredero. ¿Puedes enviarme a Lexington?

Merodea por la zona del Teatro Estatal, cerca del busto de Strijdom, hasta que llega el coche. Vienes con un triunfo, dice al subirse, un antiguo chiste suyo que hace referencia a la marca del coche, el único que a Lexington le está permitido conducir, aunque la familia lo manda todas las semanas a la ciudad a hacer numerosos recados. Lexington, ve a la tienda. Ve a recoger mis cortinas. Lleva esto a la señora Marina. Lexington, ve a Pretoria a recoger a Anton.

Lamento lo de la señora Rachel.

Gracias, Lexington. Por la ventanilla observa la muchedumbre de blancos en la acera. Una ciudad de bigotes y uniformes, estatuas bóeres y grandes plazas de hormigón. Al cabo de un rato le pregunta, ¿Tu madre sigue viva?

Sí, sí, está en Soweto.

¿Y tu padre?

Trabaja en una mina en Cullinan.

Vidas impenetrables. El propio Lexington es un jeroglífico, con su gorra y su chaqueta de chófer. Tiene que llevarlas, dice Pa, para que la policía vea que no es un sinvergüenza, que es mi chófer. Y por el mismo motivo Anton debe viajar en el asiento de atrás, para que las divisiones sean evidentes.

¿Por qué vas por aquí, Lexington?

Porque hay disturbios en el distrito segregado. Su padre me ha dicho que debo ir por el camino más largo.

Y yo te digo que no.

Lexington vacila entre las dos autoridades.

Mira, dice, levantándolo para que se vea, llevo mi fusil. Lo deposita sobre su regazo. Su regazo uniformado.

Lo que no dice es: Mi fusil está descargado. Sin balas, mi fusil no sirve de nada, es una carcasa. Está ahí solo para disparar balas, como la que ayer le disparé a esa mujer sin pensarlo, el instante en que ella trazó una línea de fractura en mi vida.

¿Quiere que doy la vuelta?

Sí, Lexington, por favor.

No pasará nada. Y está tan cansado que es incapaz de enfrentarse al camino de regreso más largo. Para mí se acabaron los caminos largos. Hasta el corto lo cansa, su familiaridad, hierba amarillenta entre piedras pardas. Cómo detesto este país feo y violento. No veo la hora de irme.

Cuando llegan al desvío de Atteridgeville ha empezado, por fin, a quedarse dormido, la primera vez que echa una cabezadita en dos días. La pequeña multitud al costado de la carretera parece la imagen salida de un sueño. ¿Esperan el autobús? No, corren, gritan, algo pasa en alguna parte, sin embargo, todo es ingravido.

No es ingravida la piedra que de repente le llega, lanzada por la mano de un hombre que se asoma a la escena, los ojos inyectados de sangre clavados únicamente en mí. El mundo se vuelve real en un instante. La ventanilla lateral se hace añicos, el impacto lo anula brevemente, luego se despierta en la cinta serpenteante de la carretera, Lexington se aleja a toda velocidad.

Qué vergüenza, señorito Anton, *hayi*.

(Nunca me había llamado señorito.) Tú sigue, Lexington, sigue.

Se le mete en los ojos una humedad que se tiñe de rojo cuando la toca. Solo ahora junta las piezas para entender lo que acaba de pasar. Y solo ahora nota el crudo florecer del dolor en un rincón de las cosas.

Por Dios.

¿Quiere que vamos al médico?

¿Al médico? Lanza una carcajada, el sonido se transforma rápidamente en ataque de risa. No sabe de qué se ríe, no tiene ninguna gracia, tal vez ahí esté el chiste. Cuando se ríe se le saltan las lágrimas, hilaridad y llanto van de la mano. Se seca los ojos y dice: No, gracias, Lexington, llévame a casa, por favor.

Su padre está en la sala, en una especie de cónclave con sus tíos. Se levantan de un salto cuando Anton entra, es por la sangre, de la que él se ha olvidado, aunque le sigue bajando por la cara y goteando en el uniforme y en el fusil, el inútil fusil descargado.

No es nada, dice, una pedrada, no estoy malherido.

Llamaré al doctor Raaff, dice *tannie* Marina. Necesitas puntos.

Por favor, no montes un escándalo.

Maldita sea, le mandé que te llevara por el camino más largo, dice Pa. ¿Por qué no me hizo caso?

Yo le dije que no lo hiciera.

¿Por qué? ¿Por qué tienes que desobedecer siempre mis órdenes?

Pensé que sería seguro, dice Anton, ríe otra vez. Pero incluso aquí los nativos inquietos luchan contra sus opresores.

Hombre, por favor, no digas estupideces, le pide Ockie, lo cual hace que su sobrino ría con más fuerza.

Ni palabra sobre el motivo que lo ha llevado hasta allí, solo confusión y alboroto, de los que se materializa al fin el doctor Raaff, probablemente por el camino más largo. Marina tiene razón, Anton necesita unos puntos, se los ponen en la cocina, lejos de los aprensivos. Y están las astillas de vidrio de la ventanilla rota que hay que sacar con unas pinzas.

El doctor Raaff empuña las pinzas con una destreza superior a la habitual, el instrumento y él son apropiados. Sus movimientos son precisos y angulares, su ropa está escrupulosamente limpia. Esa meticulosidad resulta agradable a sus pacientes, pero si llegaran a conocer las fantasías del doctor Wally Raaff pocos se dejarían examinar por él.

Dos pulgadas más abajo y te dan en el ojo, dice, no sin placer.

Cambiamos al sistema métrico en 1971, le recuerda Anton.

El doctor Raaff lo fulmina fríamente con la mirada, los labios finos y apretados, como una de sus suturas. Últimamente está bastante harto de los Swart y no le importaría disolver a este joven en particular en una bañera de ácido sulfúrico. Por desgracia, en público hay que guardar las formas.

Solo cuando el coche del buen doctor ha desaparecido por el sendero desciende la calma. Ahora la mañana ya está avanzada y

para ser un día primaveral hace un calor excesivo, un zumbido de insectos envuelve la casa.

He preparado una tarta de leche, le dice *tannie* Marina a su sobrino. ¿Quieres un poco? Le pellizca el pellejo de la cintura y añade con coquetería: Estás muy flaco.

Después.

Ahora tenemos que ir al sitio del funeral judío a organizar unas cosas. ¿Quieres acompañarnos?

Tengo que dormir, dice Anton. Tengo que dormir.

Tiene que dormir. Encerrado en una especie de túnel blanco, con las voces que le llegan apenas desde fuera, sube las escaleras hasta su cuarto. Se desviste despacio, tira sobre una silla cada una de las prendas, como si fuesen trozos de sí mismo. Se ducha, se quita de encima parte de los dos últimos días, pero apenas se tiene en pie. Se mete en la cama todavía mojado y se duerme casi enseguida, apagado como una lámpara.

Solo ahora, demasiado tarde, cuando todos los demás están despiertos, aporta su sueño a la mezcla. A destiempo, perdidos, los zarcillos de ese sueño salen de la cabeza de Anton, hacen bosquejos de humo. Está tendido en una cama no muy distinta de la suya, en un cuarto largo repleto de camas idénticas, y por una puerta del extremo opuesto entra su madre. Avanza despacio hacia él, se abre paso entre las camas y cuando llega a él se inclina y le estampa un beso frío en la frente. Así, en sueños, regresan los muertos a tu lado.

El espíritu de Rachel Swart, de soltera Cohn, se rezaga por la casa en un estado de confusión. En algunos momentos se vuelve casi visible, cuando la luz o la atmósfera son adecuadas, pero solo para aquellos dispuestos a ver, y entonces solo de soslayo, en el borde de las cosas. Hace poco escudriñó a Amor desde el espejo, aunque en realidad lo que observaba era la escena de su último tránsito, un hecho que le cuesta asimilar. No es algo raro, los muertos suelen ser incapaces de aceptar su situación, en eso se

parecen a los vivos, pero han olvidado de qué sienten nostalgia, en la travesía se pierde mucho, y cuando te ven no te conocen.

Tojo, el pastor alemán, la ve llegar y marcharse sin dificultad porque no ha aprendido que no es posible.

Rachel aparta el visillo de la cocina para espiar a Salome, un solo segundo, un resplandor envolvente.

Astrid cree oír a su madre que la llama desde su cuarto al final del pasillo, otra vez necesita ayuda, siempre en el peor momento, pero no se trata más que de la bisagra floja de una ventana movida por el viento.

Hace sonar la calderilla en el monedero, como tenía costumbre, pero cuando Manie la llama desde la bañera, ella no contesta.

Presiona los labios fríos en la frente de Anton mientras está dormido.

Finalmente se cansa de la casa y su presencia se percibe en las calles de Pretoria, en los lugares que le gustaba visitar. Rema en el estanque del parque Magnolia Dell, toma el té en un café de Barclay Square. A través de la valla de la Reserva Ornitológica Austin Roberts observa a una triste grulla azul que picotea algo brillante en el suelo.

Ya te haces una idea. Rachel aterriza allí donde una vez su espíritu tuvo cuerpo, pero ella, mujer de acuarela, ya no es sólida. Entre la multitud solo es una cara más, no demasiado evidente. Atraviesa grandes distancias como si fuera de cuarto en cuarto, busca algo que ha perdido. En estas apariciones viste distintas prendas de su armario, un traje de noche, un ligero vestido de verano, incluso un chal que una vez compró a prueba en Truworts y que devolvió al día siguiente. Parece real, es decir, corriente. ¿Cómo saber que es un fantasma? Muchos de los vivos también se ven borrosos y a la deriva, no es un defecto exclusivo de los difuntos.

Finalmente va a parar a un lugar en el que, sin duda, no ha estado antes, aunque ella ya se encuentra allí, yace desnuda en una

mesa metálica con rebordes, viva imagen de sí misma pero gris y fría, como una muerta.

Es una muerta. Al verse ahí en la mesa empieza a entender.

Una anciana voluntaria lleva ya un par de horas dedicada a ella. Lo que se puede hacer tiene un límite, porque están prohibidos los productos químicos, pero lo más importante es limpiar el cadáver. Luego se echa agua para purificar la carne, después se seca. Es lo requerido, tanto el ritual como la limpieza. Hay gran respeto y ternura en todo ello, y eso trae paz a la anciana que, según la etiqueta de la solapa, se llama Sara. Pronto llegará el día en que alguien hará esto por mí.

Simple, limpia y sencilla, así es como aborda la tarea. La forma humana reducida a lo que es. Ha vestido el cadáver con el *tachrichim* y lo ha envuelto en el *avnet*, pero el nudo que le ha hecho no está del todo bien. Debe tener la forma de la letra «*Shin*», que denota uno de los nombres de Dios, pero hoy los dedos de Sara están especialmente artríticos.

Déjalo ya, o bien suspira y rehazlo. En la vida casi todo se reduce a suspirar y rehacer, especialmente en la de Sara. El mundo material se resiste. La paciencia es una forma de meditación. Ha sido voluntaria de la Jevrá Kadishá desde la muerte de su marido hace veintidós años, prepara a los fallecidos para su entierro. Servir es venerar. Además, ayuda a pasar el tiempo. Y encima conoces gente.

Decide dejarlo estar. El nombre de Dios está un poco mal, ¿importa acaso? Nadie lo notará, todo queda oculto en el *aron*. Además, es simbólico. ¿Tan terrible es? Tiene preocupaciones más importantes, como arreglar esa cara. No le gusta usar maquillaje en los cadáveres, más engañoso en la muerte que en la vida, pero la de esta mujer se encuentra en bastante mal estado. Estuvo enferma mucho tiempo, pobrecita, los brazos ulcerados, le ha quedado muy poco pelo, tiene las encías ennegrecidas, está muy demacrada. Parece una falta de respeto no mejorarla, en la foto que pediste ves que fue guapa. Toda vida humana es como la hierba sobre la tierra.

En su otra vida, la pública, Sara no está exenta de una pizca de vanidad, de vez en cuando luce alguna joya y le gusta ponerse algo de color en las mejillas. Hace mucho tiempo, antes de que envejeciera, ella también ejercía una fuerza de atracción. Los hombres se fijaban en mí, claro que sí. En ocasiones la invade la nostalgia y saca su propio estuche de maquillaje para reparar en parte el daño. Ya estás, querida mía, listo. Un toque de colorete, un poquito de polvo. No hay que pasarse, la verdad importa y en el caso de ella el sufrimiento fue la verdad. Lista al fin. Una bendición, Adiós, querida. Descansa en paz.

Por último, cepilla el pelo fino que cubre el cráneo de la mujer. Con cuidado, rítmicamente, suele disfrutar de esta parte del ritual. Pero hoy se desprenden unos cuantos mechones. Suaves, casi sin sustancia, como si no estuviesen ahí. Los recoge en la mano para depositarlos después en el ataúd. Todo importa, cada gota, cada filamento.

Al final la expresión grave se dulcifica, se vuelve más tierna, más resignada. Hasta el fantasma de Rachel se siente atraído por su propio parecido, se detiene al lado del cadáver de la mesa, observa sorprendida la cara que luce y trata de recordar de qué le suena. Procura no estorbar, aunque sea percibida como un lugar débil en la visión de Sara, donde flotan las manchas. Tal vez el preludio de una migraña. Es propensa a sufrirlas cuando la carne que masajea se muestra especialmente poco dispuesta. Fíjate lo que has hecho, le dice a la mujer de la mesa, pero bajito, para sus adentros. Has hecho que me distraiga de mi trabajo con eso de buscar la verdad. La verdad, contesta Rachel, también bajito, ¿es quien yo creo? Me parecía que me sonaba de algo.

Sí, decididamente una migraña, Sara se aparta, se quita los guantes de goma, hurga en busca de los supositorios. A veces ayudan si la frenas a tiempo. No hace falta entretenerte en la imagen de la anciana con las bragas por los tobillos y el dedo metido en el trasero, en momentos así se siente muy lejos de Dios.

En la sala contigua, muy cerca de ahí, el *shomer* espera en una silla dura con el Libro de los salmos en la mano. Hombre huesudo y alto, de aspecto asexuado, lleva una *yarmulke* y un manto de oración sobre unas prendas de corte conservador que le sientan mal. Su deber comienza dentro de poco, pero por el momento se encuentra en ese periodo agradable de preparación y trata de vaciar la mente, más ocupada que la de la mayoría.

En la habitación más alejada de él, la familia de la fallecida mantiene una consulta con el rabino Katz, que mañana se ocupará de la ceremonia del *levaya*. Instruyó personalmente a Rachel cuando esta decidió regresar con los suyos, por lo que es lo apropiado. Pero esta es la primera vez que se encuentra con el marido y su hermana, los dos gentiles, aunque Rachel hablaba mucho de ellos, pero debe decir, perdón por la falta de tolerancia, que nada lo ha preparado para lo obtusos que resultan ser.

Al principio, bastante bien. Manie es recibido calurosamente por Ruth, la hermana mayor de Rachel, que ha llegado esta mañana en avión desde Durban.

Hola, Manie, saluda ella. Te acuerdas de Clint.

Sí se acuerda, por desgracia. Clint es un tipo grande y rollizo, jugaba al rugby en el Western Province y ahora es propietario de un asador en Umhlanga Rocks. Qué tal, Mannie, dice, estrechándole la mano con una fuerza innecesaria. Se te ve bien.

Manie, lo corrige su mujer, con el tono cansado de quien se pasa la vida corrigiendo. Me alegra verte.

Ja, lo mismo digo.

No es una mentira. De la familia de Rachel, Ruth es la más fácil de tratar, porque también se casó con alguien de otro credo y durante un tiempo la desterraron. Aunque estos días parece haber vuelto al redil.

Pero Marcia, la hermana mediana de Rachel, y Ben, su marido, también se encuentran allí, y con ellos las cosas están mucho más tirantes. Antagonismo por ambas partes, la sensación de una antigua herida, de la que se han olvidado los detalles pero no el

agravio. Tampoco ayuda que Ockie dijera congratulaciones en lugar de condolencias cuando se topó con ellos fuera, y que desde entonces Manie no haya cesado de culparlos de que su mujer volviera a su religión.

Verán, les ha dicho ya el rabino por segunda vez en la última media hora, los Levi no tienen la culpa. Es lo que ella quería. Es lo que Rachel pidió.

Le lavaron el cerebro para que lo pidiera, querrá decir, comenta Manie.

Cálmate, le pide la hermana *shiksa*. Acuérdate de lo que te ha dicho el doctor Raaff.

Yo no le lavé el cerebro a nadie, dice el rabino Katz. Ella acudió a mí por su propia voluntad.

Por culpa de estos, insiste Manie, señalando a Marcia y a Ben, que se mueven incómodos en la silla. Es la primera vez en años que están todos en la misma habitación. Ellos han convocado esta reunión, supuestamente para limar asperezas antes del sepelio del día siguiente, fíjate cómo ha acabado.

No hace falta hablar así, amigo, dice Ben, sin mirar a Manie.

En serio, dice Marcia, ¿qué estamos haciendo? Creía que nos íbamos a esforzar todos ¿o me equivoco?

Los Levi forman parte de nuestra congregación, lanza el rabino Katz. Es normal que acudieran a mí. Os puedo decir con la mano en el corazón, asegura Marcia, que fue cosa de Rachel. Se puso en contacto conmigo cuando menos la esperaba. Llevaba diez años sin hablar con ella...

Por culpa tuya, amiga. Así que sé amable.

Como sabrás, dice Marcia, nos hemos encargado de organizar esta semana de duelo. Se supone que debe hacerse en su casa, en casa de Rachel, lo de cubrir los espejos y encender las velas...

En nuestra casa ya hay bastante duelo, le dice Manie. Pero lo hacemos a nuestra manera, no como paganos. Y entonces se desarma, como una tienda de campaña sin palo de sostén. Sabe que tienen razón, Rachel encontró el modo de ponerse en contacto

con su familia, ellos no la fueron a buscar. Y durante todo el trayecto, cuando venían hacia aquí, Marina no ha parado de sermonearlo sobre la importancia de que no perdiera los estribos al ver a los Levi y él ha estado de acuerdo. Lo sigue estando. Ellos no tienen la culpa.

El rabino, diminuto y lustroso, tampoco es responsable; aun así a Manie le gustaría hacerle algo. Está que trina por lo injusto de la situación, pero esta mañana en concreto lo está por el sencillo cajón de pino en el que esa gente meterá a su mujer, que se merece mucho más, con los años que se ha pasado pagando ese seguro de defunción que, al parecer, ella no necesita.

Entiéndelo, por favor, dice Marina a nadie en particular, con su voz más arrulladora. Es un momento difícil para mi hermano.

Sí, sin duda, dice Marcia. También para nosotros ha sido difícil, aunque no lo creas. ¿O piensas que nos gusta estar aquí?

Marcia, le dice su marido en tono de advertencia.

Lo único que quiero, susurra Manie, es que descance a mi lado en el cementerio de la familia. ¿Hay alguna manera de que podamos arreglarlo? Si hago una donación...

El rabino se endereza en el asiento. Me temo que no. Si quiere un funeral judío, entonces no es posible. Señor Swart, no puede comprar nuestras tradiciones.

No era judía de verdad, dice Manie. No de corazón.

Ah, y usted lo sabe, ¿no?

Ja, así es, lo sé. Mi mujer encontró muchas maneras de torturarme, tenía ese talento.

Quizás si la hubieras tratado mejor no se habría vuelto en tu contra, dice Marcia, y a continuación saca el monedero del bolso sin motivo alguno y lo vuelve a guardar.

Marcia, dice Ben.

No, en serio.

Así no vamos a ninguna parte, interviene el rabino, sintiéndose al borde de las lágrimas. Su sentido de la imparcialidad no había

sido puesto tan a prueba desde la primera vez que se comprometió moralmente con la cuestión de Israel.

Vámonos, Manie, le pide su hermana. Te estás alterando por nada.

Ja, venga, vámonos. A estas alturas todos tienen claro que la reunión es una pérdida de tiempo. Rachel será enterrada con su gente y algún día Manie lo será con la suya. Mejor que los de la familia Swart regresen a la granja y se preparen para mañana.

Y cuando ellos se alejan, ya están metiendo el cadáver de Rachel en su contenedor definitivo y atornillando la tapa. Para siempre. El *shomer* está presente y, una vez el resto de los asistentes se han ido, sigue sentado en su silla solitaria apoyada en la pared, cantando los *tehilim*. Porque a los muertos hay que acompañarlos hasta el final. Los salmos representan a todo el pueblo judío, las palabras encierran esa magia, pero él es el único representante humano y se toma en serio su trabajo, como cualquier buen embajador.

A veces detecta la presencia de los difuntos como un susurro y una presión contra los bordes de sus sentidos. Entonces trata de cantarles las palabras directamente, de corazón a corazón. Pero hoy, por más que se esfuerza en proyectar la mente, no consigue captar ninguna señal. La sala le parece vacía. Recita a pesar de todo porque quién sabe hasta dónde viajan las palabras.

Mira cómo vuelan las palabras, cómo cruzan la puerta de la sala, bajan por el pasillo, salen por la ventana. Observa cómo se elevan sobre la ciudad y en la pequeña bandada del salmo vuelan hasta la granja en busca de la mujer para quien las cantan. Sobrevuelan en círculo la loma y se lanzan sobre el prado, entran en la casa por la puerta de atrás y pasan por la cocina sobre piernas zancudas, como un cambio de luz.

Anton levanta la vista desde donde está sentado a la mesa. ¿Qué ha sido eso?, pregunta.

¿Hum? Salome se encuentra en su lugar de siempre, delante del fregadero, y su reflejo en el vidrio de la ventana le devuelve la

mirada al muchacho.

Nada. Me pareció... Sigue atontado por el sueño, está tomando un tazón de café cargado y comiendo una porción de la tarta de leche de *tannie* Marina. El azúcar no tardará en hacerle efecto y lo pondrá en marcha. Se toca la sutura de la frente, molesto por sentirla ajena, por los pinchazos dolorosos que emite.

El silencio entre los dos es cómodo, está libre de cargas. Ella lo ha visto crecer, de bebé tambaleante a prometedor niño y a esto de ahora, sea lo que sea; ha cuidado de él a cada paso. Cuando era pequeño la llamaba mamá y trataba de prendérsele a la teta, una confusión corriente en Sudáfrica. No había secretos entre los dos.

Un súbito espasmo de rabia se apodera de él y aparta con violencia el plato en el que quedan restos de la empalagosa tarta de leche.

(Ayer maté a una mujer igualita a ti.) Cuando termine el servicio militar me marcharé del país.

¿Ja?

Voy a borrarme este lugar de la planta de los pies y no volveré jamás.

¿Ja? Entrechocar de cubiertos. ¿Adónde vas a ir?

Voy a estudiar literatura inglesa. No aquí, en algún lugar del extranjero. Después mi mayor ambición será escribir una novela. Y luego podría dedicarme al derecho, o a lo mejor ganar un montón de dinero, pero antes quiero viajar por el mundo. ¿Tú no quieres ver mundo, Salome?

¿Yo? ¿Cómo haría yo algo así? Suspira y se pone a secar los platos con un trapo grande. ¿Es verdad, pregunta, que me van a dar la casa?

¿Eh?

Ayer Lukas vio a Amor en la loma. Ella le dijo que tu padre me daría mi casa.

No tengo ni idea.

De acuerdo, dice ella. Aparentemente imperturbable, aunque no ha pensado en otra cosa desde que se pronunciaron aquellas

palabras. ¡Tener su propia casa, tener esos documentos en la mano!

Mejor pregúntale a mi padre, dice él.

De acuerdo.

Anton mira esa espalda inescrutable que cargó con él en incontables ocasiones cuando era pequeño, la ve ir de un extremo a otro de la encimera de la cocina y guardar las pilas de platos en el armario.

Sí, dice Anton distraídamente. Mejor pregúntaselo a él.

El asunto de la casa ha viajado de su madre a su hermana, de Lukas a Salome y ahora ha quedado plantado en él, diminuta semilla oscura que empieza a germinar. Vuelve a él un par de horas después, en otro cuarto, en la otra punta de la ciudad, en un momento casi arbitrario, cuando se abrocha la camisa.

¿Sabes lo que mi hermana pequeña le ha dicho a Salome?

¿Quién es Salome?

La mujer que... nuestra criada.

La conversación tiene lugar en un dormitorio de la primera planta de una amplia casa en un suburbio arbolado. Anton habla con una rubia pechugona, que cursa el último año del bachillerato, a la que acaba de montar de un modo animal y explosivo. Lo atestiguan el enredo de las sábanas, la semidesnudez, el agradable resollo en la entrepierna.

¿Qué le ha dicho tu hermana?

Que mi padre prometió darle una casa.

¿Y lo hizo?

¿El qué?

Prometerlo.

No lo sé, contesta Anton, de pie frente al espejo del tocador. Arregla cualquier detalle que pudiera delatarlo, cremalleras abiertas y camisas por fuera, todas ellas pistas a los ojos desconfiados de la madre de Desirée, que de un momento a otro volverá de la peluquería. Se inclina para mirarse los puntos, la herida vuelve a impresionarlo. Ahora tengo pinta de soldado.

No permitas que le dé una casa a la criada, dice Desirée, indignada. La va a romper.

Creo que ya está rota. Pero esa no es la cuestión.

Y allá fuera, el inconfundible sonido del Jaguar de la vieja entra ronroneando por el sendero y se detiene lanzando al aire un puñado de grava. Por suerte ellos están en la primera planta, porque si no fuera así, como las cortinas están descorridas, la madre podría asomarse y ver a la hija retorciéndose para ponerse la blusa mientras el novio se sube la bragueta. Hay poco lugar a dudas en ese cuadro.

Date prisa, ha vuelto tu madre.

¡Baja y dale conversación! Dile que estoy en el baño.

De acuerdo. Alisa la colcha, se vuelve a echarle una última mirada a Desirée, pero ella es apenas una mancha rubia que cierra la puerta del baño. Ni punto de comparación con la imagen que, en los últimos meses, lo ha acompañado a los lugares solitarios. Leon, el hermano de Desirée, es amigo de Anton desde el bachillerato, y durante bastantes años ella permaneció en un segundo plano como mera e irritante hermana menor antes de que ciertas transformaciones hormonales provocaran un cambio de percepción. Últimamente la necesidad de follar como bonobos lo supera todo, y está claro que a Anton no lo ha traído hoy aquí un noble propósito. Solo tengo una cosa en la cabeza desde que me enteré de lo de Ma, es gracioso cómo funciona esto, Eros lucha contra Tánatos, salvo que tú no piensas en el sexo, lo sufres. Esa sensación rasposa y hambrienta que nota en los bajos. Tormento de los condenados, fuego que jamás se apaga. Aun así, pese a las apetencias carnales, Anton siente que persigue una emoción cuyo nombre se le resiste. Hasta podría ser amor, aunque eso lo sorprendería. Hoy ella le ha dado consuelo, eso seguro. Ay, yacer durante largo rato entre sus rollizas ondulaciones, menuda paz sería esa.

En vez de eso, alarmado y medio tumefacto, recorre silenciosamente los mullidos pasillos de la primera planta y va

echando un vistazo en los otros dormitorios y cuartos de baño a ambos lados. Un estudio deja a la vista la esquina de un escritorio, una alfombra persa, una lámpara de pie. ¿Por qué el mobiliario siempre tiene aspecto inocente, pase lo que pase en él?

No debería estar aquí arriba, demasiado íntimo en todos los sentidos. Perdió la virginidad con Desirée, que siempre tendrá para él una carga especial, pero no es lo único que lo excita cuando viene aquí. El padre de Desirée es un importante ministro del gobierno, una persona física y moralmente repugnante, con las manos manchadas de sangre inocente, y a Anton le gustaría odiarlo de modo inequívoco, pero, en el fondo, lo excitan los símbolos externos del poder. Los guardias de aspecto malvado en la cabina de la entrada, los bustos y óleos de delincuentes coloniales de una historia sumamente selectiva, la mención casual de nombres conocidos que infunden miedo, todo ello es tremendo pero emocionante, y el más memorable y atronador de sus orgasmos lo tuvo en un sillón en el que poco antes se habían posado las nalgas del ministro de Justicia.

La esposa de este hombre sofisticado y espantoso, la madre de Desirée, lo exaspera de un modo completamente distinto. Es como una muñeca aria entrada en años, guapa pero dura, todas sus superficies lavadas, empolvadas, esmaltadas y fijadas, de manera tal que resulta imposible reprimir las ganas de desgarrar la capa de barniz. Anton baja como un bólido las escaleras y llega a la cocina poco antes que ella, y está apoyado en la encimera cuando la mujer entra por la puerta de atrás, arrancando chispas de las baldosas con los taconazos.

¡Qué sorpresa! Ya me parecía que ese cochecito tan mono de ahí fuera era tuyo. Se deja besar fríamente en una mejilla. ¿Qué te ha pasado en la cabeza?

Heridas de guerra. Una pedrada, nada serio.

¿O sea que estás de baja por enfermedad?

No. Ayer se murió mi madre.

¡Ay, Anton! Al final ocurrió... lo siento mucho. Permite que el esmalte se resquebraje un poco, lo suficiente para fingir una emoción genuina, el peinado le vibra por el esfuerzo. Al menos ha dejado de sufrir.

Pues sí, al menos eso.

Ella le pone una mano en la mejilla y él está a punto de llorar, de hecho, llora. ¿De dónde habrá salido este pequeño resquicio de debilidad? Por suerte su desliz queda disimulado por el regreso de Desirée, recién enfundada, rociada de perfume, retocado el pintalabios.

¡*Maman!* ¡*Mein Schatz!* ¡Beso, beso! Desde un reciente viaje a Europa las dos adoptan tratamientos extranjeros. Son el mismo tipo de criatura, y Anton recuerda una noche del año pasado, en Johannesburgo, cuando las dos se daban de comer helado a cucharadas, revoloteando y zureando como palomas en una cornisa.

Por su parte, a Maman esta noche le gusta mucho Anton, o al menos le da pena. No le importaría masajearle los hombros, pero se conforma con estarle encima. ¿Quieres un Valium para los nervios? En el botiquín tengo. Iba a abrir una botella de vino. Para ti es un día triste, así que supongo que preferirás no...

En realidad, dice él, me tomaría una copa.

Debería estar en la granja. No le ha dicho a nadie adónde iba, se ha llevado el Triumph sin permiso y sabe que su padre se enfadará mucho, todos ellos buenos motivos para no volver a casa enseguida y para quedarse y tomarse un Valium con una copa, o tal vez dos.

En ese momento, en la granja está en marcha una *braai*. Al regresar a casa después de la reunión con esa gente, Pa ha sentido la necesidad de matar a un ser vivo. La mesa ya está puesta al fondo del prado, mientras el sol desciende sangriento sobre el *veld*, no muy distinto de los trozos de carne que se marinan en cuencos. En la fogata, Ockie vigila las brasas. ¡Esta es su contribución! La parrilla llena de chuletas, una cerveza en la mano y un hombre

puede sentirse en paz. De las ensaladas se ocupan las mujeres y, si prestas atención, oirás la voz de Marina dar órdenes en la cocina. Lava esto, corta aquello. ¿Quién la habrá puesto a esta al frente del mundo?

Aquí alguien ha abierto también una botella de tinto y casi todos los adultos se han servido. Una escena curiosa, esta fiesta discreta justo al día siguiente de morirse Ma, pero por otro lado hay que comer, la vida sigue. También beberán y contarán chistes verdes en cuanto tú te hayas ido.

No solo la familia está presente. Asisten también unos cuantos gorrones, entre ellos el reverendo Simmers y su ayudante. El predicador se siente relajado y con ganas de charla, sonríe vagamente y va soltando pequeñas agudezas en todas direcciones. El toque personal gusta a todo el mundo. El problema es que Alwyn Simmers no le gusta a nadie, salvo a Pa y a *tannie* Marina. Está sentado en medio de los dos mientras se va haciendo la *braai*, los ojos ocultos detrás de esas gafas a prueba de balas, el anochecer al amparo de la ceiba, chisporroteo y olor a carne asada en el aire.

Al otro lado de la mesa, Amor mira y escucha, pero habla poco. Le sigue doliendo la cabeza dos días después, como si llevara una especie de sombrero negro demasiado apretado. A su lado Astrid se empuja las cutículas y mueve un pie calzado con sandalia.

A poca distancia Pa reflexiona sobre sus dos hijas. Pero ¿dónde estará el otro hijo? El primogénito, por un momento no recuerda cómo se llama. Todos deberían estar aquí, su prole, alineados en fila, pájaros en un alambre. El nombre de los tres empieza por A, ¿en qué estarían pensando él y Rachel? Sencillamente nos gustaba a cómo sonaban, solía explicar su mujer a quien preguntaba, aunque ahora lo que más lo avergüenza es cómo suenan. Si el primero se hubiese llamado de otra manera...

¿Dónde está Anton?, pregunta, irritado de repente.

Astrid ve la ocasión para crear problemas. Lo vi irse muy calladito en el Triumph.

¿Adónde?

Ella se encoge de hombros, provocativa, pero... hablando del rey de Roma, ahí se aproximan los pálidos faros, subiendo la cuesta. Aunque debe de ser esa misma noche pero más tarde, porque todos tienen los platos llenos de comida, claramente visibles cuando las luces bajan flotando despacio hacia la fachada de la casa y enfocan a la concurrencia con su haz. Se apagan, el motor se detiene, la puerta se abre y se cierra y Anton cruza el prado con soltura y pose estudiada en dirección al grupo. No endereza del todo las rodillas, sonrisa sombría en la cara.

La misma dolencia afecta a algunos de los allí presentes. Sírvete un poco de carne, le grita Ockie, demasiado alto. ¡Anda, júntate con los demás pecadores! Y *tannie* Marina da unos golpecitos a la silla de al lado. ¡Aquí! Se da cuenta de que el loco de su sobrino, el error, se ha dedicado últimamente a cometer los suyos propios y que esta noche podría necesitar una mano que lo guíe.

La mirada de Manie no ha vacilado desde que Anton ha aparecido. Asiente con tristeza al verse reflejado en él, caído, como años antes. Qué bonito. *Ja*. Muy bonito.

¿Y ahora qué? Tira las llaves sobre la mesa.

Ayer murió tu madre, pero tú tienes tiempo para vinos y mujeres fáciles. Qué bonito.

¿Mujeres fáciles?, dice Ockie, esperanzado, mirando alrededor, con asombro. El reverendo Simmers murmura algo, un rezó, y Anton se deja caer en el asiento, estremeciéndose de risa en silencio.

Ja, búrlate. Ríete de mí. Todos los pecados quedan anotados en el libro y el día del juicio...

Tus pecados también, mi querido padre. Las mujeres y el vino.

Esos días han quedado atrás. Y he aliviado mi corazón, he pedido perdón y he pasado página. Pero tú... ¡mírate!

En el otro extremo de la mesa el reverendo Simmers exhala un imperceptible suspiro. Conversaba con Manie justo antes de que apareciera el maldito hijo y la charla iba bien. Estaba a punto de desviar la conversación hacia el tema importante, notaba que el ambiente era el adecuado, pero ahora se ha introducido una nota

discordante. Hay algo en ese muchacho, nunca recuerda su nombre, Andre, Albert, hay algo en él que no cuadra.

Hoy tu padre está disgustado, sugiere amablemente. Por lo del funeral judío.

Deberías haber visto el ataúd, qué pinta de barato, dice *tannie* Marina. ¡Las asas eran de madera!

Y eso que tu padre ha estado pagando un seguro, comenta Ockie, entusiasmado. ¡Casi veinte años!

Lo que quiero, se queja Manie, lo único que quiero es descansar al lado de mi mujer por toda la eternidad. ¿Es demasiado pedir?

En vez de eso ella descansará en el cementerio judío, dice Marina.

Es muy injusto, opina el predicador.

¿Por qué es injusto?

Lo que tu padre quiere decir es que le gustaría que a tu querida madre la enterraran aquí en la granja. Con el resto de la familia, a su lado. Donde debe estar.

Donde está su casa, añade Pa.

Por un ministro de verdad.

O sea usted, dice Anton.

Se abre un silencio, roto por el siseo de las gotas de grasa al caer sobre las brasas.

Es lo que le gustaría a tu padre...

Pero no es lo que ella quería.

¡Los muertos no quieren nada!, exclama Pa, o más bien grita, porque pierde brevemente la compostura. Cae el silencio al cesar la conversación, el ruido de la masticación se vuelve incómodamente audible. Una leve sensación de vergüenza se apodera de la concurrencia, cuyo centro no es evidente, y la conversación tarda en reanudarse.

Manie no aporta nada más a la discusión. Está hundido en la silla, en apariencia sin convicción, aunque cabe recordar que esta tarde ha ido al granero y matado el corderito que ahora se están

comiendo. Sí, le ha cortado el cuello, un leve florecer de violencia en medio de su impotencia, ah, qué gustazo. De ese modo la gente se compadece de sí misma, empapada de tristeza por lo que ha perdido, sin tener conciencia de otras pérdidas cercanas que ellos mismos han provocado. El dolor de la madre oveja, pero ¿eso qué es? Sin embargo, marca el aire como el dolor humano, no se puede borrar.

Amor deja el tenedor en el plato.

¿No vas a comerte esa carne?, quiere saber Astrid.

Niega con la cabeza, le dan arcadas. Lleva dos días sintiéndose irritable, con náuseas, al borde de una rebelión indefinida. Sigue recordando algo que vio hace poco en el parque de reptiles de su padre, a la hora de comer, en el recinto de los cocodrilos, y ha intentado borrar la imagen, pero no puede: un tío viejo y bondadoso con traje de safari lanzando puñados de ratones blancos a unas formas primitivas que se mueven en el agua. Paf, paf, ñam, ñam. Colas colgando de bocas sonrientes como trozos de hilo dental. ¿Qué somos, que tenemos que comernos otros cuerpos para seguir adelante? Observa con asco a Astrid, que alarga la mano hacia su plato y se mete trozos de carne y grasa en la boca reluciente mientras mastica.

Esa pulsera es de Ma, dice.

No es de Ma. Es mía.

Ma la llevaba siempre puesta.

¿Me estás llamando mentirosa?

Anton deposita su plato y se limpia los dedos cuidadosamente con una servilleta de papel. Por cierto, dice, me he enterado de que vas a darle la casa Lombard a Salome.

¿Cómo?, dice Pa, aunque algo le suena.

¡Ajá!, bufa *tannie* Marina. Habría que verlo.

Anton se vuelve hacia Amor, que se revuelve en la silla.

Pa dijo...

¿Qué es lo que dije?

Dijiste que le darías la casa. Lo prometiste.

Su padre se queda helado ante la noticia. ¿Cuándo dije yo eso?

Esa chica no se quedará con una casa, dice *tannie* Marina. No, no, no. Lo siento. Ya mismo te estás olvidando de esa historia. Se pone a recoger la mesa aunque algunos todavía no han terminado de comer, los cubiertos entrechocan como el rechinar de dientes.

Pa trata de explicarse. Ya estoy pagando la educación de su hijo... ¿Debo hacérselo todo?

Amor balbucea confundida, mientras su hermano sonríe y sonríe. Se inclina abruptamente hacia Alwyn Simmers. ¿Podemos hablar un momento con franqueza?

El ministro abre las palmas de las manos. Por supuesto, Alan, dice. Te escucho.

A mi madre la aterrorizaba morirse y no podía aceptar que estuviera sucediendo. Aun así, tenía muy claro lo que quería. No era mucho. Solo unas pocas cosas. Una de ellas era recuperar su religión y ser enterrada con su propia familia. Lo dijo específicamente.

La franqueza es muy importante, dice el ministro con voz ronca.

Pa se acalora de repente. Pero ¿qué te pasa?

Eso mismo me pregunto yo todo el tiempo.

¿No te preocupa que algún día puedas arder en el infierno?

Es la peor de las posibilidades que se le ocurrren, pero Anton reacciona, como suele hacer, con regocijo. Ya estoy en el infierno, dice, secándose las lágrimas de risa. ¿O es que no notas el olor a *braai*?

¡Soy su marido! Lo sé mejor que tú. Sé en qué creía mi mujer.

¿En serio? Yo apenas sé lo que creo la mayor parte del tiempo. No busco pelea, no quiero complicarlo, pero solo quiero decir una cosa. Que deberías hacer lo que ella quería. Todo. Eso incluye darle la casa a Salome si se lo prometiste.

Jamás, dice Pa. ¡Jamás prometí nada!

Amor lo mira y parpadea, francamente asustada. Lo prometiste, le dice. Yo te oí.

¿Qué os pasa a todos?, grita Pa, luego se levanta, por algún motivo lo hace con dificultad, y con las piernas tiesas se aleja hacia el jardín, bramando incoherencias.

Tannie Marina se retuerce el collar hasta que la voz le sale estrangulada. Ya lo has hecho llorar, dice. ¿Estás contento?

¿Contento?, repite Anton, considerando la palabra. No, yo no diría eso. Pero es probable que todos nos acerquemos a estarlo si os doy las buenas noches.

Cuando se marcha deja atrás una compañía abruptamente desordenada, personas dispuestas en ángulo entre sí en medio de los breves chisporroteos de la polémica. En los últimos tiempos es lo que suele dejar a su paso. Sube a su cuarto, repleto de libros y papeles, las paredes festoneadas de citas y notas a modo de recordatorio. Desde allí va a la ventana, luego al alféizar y mediante una compleja maniobra llega al tejado. El lugar donde le gusta sentarse está en lo más alto, lo sobrevuela un viento cálido, y Anton mira hacia la tierra oscura, agujoneada aquí y allá por las luces.

Debajo de una teja suelta ha escondido una bolsa de plástico, de la que ahora recupera el resto de un canuto y un mechero. Lo enciende, da una calada y saborea, incluso antes de apagarlo, la sensación de laxitud y expansión de su mente. Ah, qué bien. Gracias a Dios. Ya casi soy otra persona.

Anton, el primogénito, el único varón. Está consagrado, todavía no sabe a qué, pero el futuro le pertenece. ¿Tú qué quieras? Viajar, aprender, escribir poemas y dirigir países, quiere abrazarlo todo, todo es posible, quiere comerse el mundo. Pero una leve amargura en el fondo de la garganta parece haber estado ahí siempre, aunque su vida es pura, ligera como la leche. ¿De dónde sale ese cuajo? Hay una mentira en el centro de todo y acabo de descubrirla en mí mismo. Escúpela. ¿Qué problema tienes, hombre? Si solo fuera uno... Tengo muchos.

Allá abajo, alrededor del fuego, todavía ve siluetas que gesticulan y hablan. Las últimas ondulaciones de la conmoción que

ha desencadenado aún no se han calmado. Cómo te debates, cómo te agitas, cuando intentas mantener el equilibrio.

Tras el desmoronamiento de la familia, en medio de la agitación, Alwyn Simmers se levanta con dificultad y se le caen las gafas, le entra el pánico y las oye quebrarse bajo el zapato como un hueso fracturado. Sin gafas es ciego como un topo, la estructura de las cosas es una masa nebulosa.

¡Siebritz!, grita, ¡Siebritz!

Llama a su ayudante, al que por otra parte detesta, pero Siebritz no contesta. Alterado por la escena representada durante la *braai*, que le recuerda su vida, porque en momentos de crisis y armonía todo está relacionado, ahora mismo se encuentra en su coche, a medio camino de la ciudad. No quiere saber nada más de esa familia, no quiere saber nada más de la Iglesia y, sobre todo, no quiere saber nada más del predicador. ¡Se acabó!

¡Siebritz! ¡Siebritz!

En la necesidad te han desamparado, Alwyn, ¿dónde está ahora tu socorro? ¡Solo el hombre justo es puesto a prueba, no lo olvides! Llegará la ayuda si esperas.

Si pudiera distinguirla, queda una sola silueta sentada allí cerca, inmóvil. Amor. No se ha movido de su sitio en la mesa, pese a que los demás se han ido. De hecho, en los últimos minutos ni siquiera ha pestañeado, sumida como está en sus pensamientos o en otra cosa.

Contempla a Anton, su hermano, que, a su vez, la observa desde el tejado. Pero la meditación de la chica va por dentro. El asombro, en cierto modo. Que él se haya atrevido a hablar así. Que lo haya verbalizado de esa forma. ¡Ha de ser una maravilla ser hombre! Ella siente un extraño anhelo de tomarlo de la mano. No para llevarlo a ninguna parte, solo para aferrarse a él. O quizás para ser llevada.

Está acostumbrada a que la traten como un borrón, una mancha en el borde de la visión ajena. Demasiado joven, demasiado tonta para que la tomen en serio. Y encima rara, una

chica rara. Insólita y tal vez trágica, fácil de pasar por alto. Pero esta noche su hermano, desde su atalaya, aparentemente se fijaba en mí.

Cerca de allí, Alwyn Simmers ha sido rescatado al fin por *tannie* Marina, que le ofrece el brazo regordete y otro plato de ensalada de patata casera. No, gracias, ¿dónde está mi chófer? Da la impresión de que ha desaparecido. Lo único que quiere ahora el predicador es irse a casa, flatulento y decepcionado, quiere irse a la casita donde vive con su hermana. Lo quiere con tanto fervor que llega incluso a dar una patada en el césped.

No tardan en averiguar que Siebritz se ha marchado. Lexington lo puede llevar, dice Marina dando unas palmadas, y sus brazaletes entrechocan ruidosamente. ¡Lexington! ¡Lexington!

Lexington llega corriendo desde el fondo de la casa mientras se pone la gorra. ¿*Ja*, señora Marina? Lleva al ministro a su casa. El predicador se marcha triunfalmente y poco después van como un bólido por la autopista en dirección a las trémulas luces amarillas de Pretoria, que solo ve el chófer.

Dime, ¿cuánto hace que trabajas para esa gente?, pregunta el ministro.

Doce años, señor.

¿Qué opinión te merece la familia?

Lexington vacila, de los nervios sonríe de oreja a oreja, sin efecto alguno. Se portan bien conmigo, señor.

Ya, ya, se portan bien contigo. Pero ¿qué piensas de ellos?

No, no pienso en ellos, señor. Yo solo hago, no pienso.

La afirmación no es cierta, pero Lexington no puede contestar con la verdad. Presiente que el ministro quiere algo, pero darle lo que quiere podría hacer peligrar su puesto. No siempre es posible complacer a dos blancos a la vez.

Pues yo pienso algunas cosas de ellos, comenta el predicador. No las diré, pero las pienso. Especialmente de ese hijo, se llame como se llame. Adam.

Sí, señor, dice Lexington, con ganas de agradar.

A ese muchacho le pasa algo. Recuerda lo que te digo. Es un asno montés. ¡Un hombre cuya mano estará contra todos, y las manos de todos estarán contra él!

Esta noche el reverendo Simmers está enfadado, tiene una arruga en el alma, y eso siempre despierta en él la vena bíblica. La creación del Señor se amplifica cuando para describirla usas un lenguaje grandilocuente.

¡Este país!, exclama. No está seguro de por qué hay que culpar al país, pero de todos modos lo repite. ¡Este país!

Sí, señor, asiente Lexington, y por un momento los dos están genuinamente de acuerdo, Sudáfrica los preocupa a los dos, aunque por distintos motivos. Alwyn Simmers se siente emocionalmente unido a su compatriota negro, le parece que a los ojos de Dios son iguales, aunque en el coche deben ocupar siempre asientos separados. Así lo ha decretado Dios, del mismo modo que ha decretado que Rachel debía morir a la hora que murió y que su casa se llenara de quienes la lloran, también es Su deseo que en otros cuartos los hijos y las hijas de Cam trabajen sin descanso en beneficio de sus amos y amas, cortando leña, sacando agua del pozo y, en general, haciendo más llevadera la vida de aquellos que cargan con el pesado yugo del liderazgo. Carga que algunos preferirían rechazar, pase de mí este cáliz, pero si el cáliz es tuyo, debes beber de él, no discutir con Dios, por amargas que sean las heces.

Laetitia guarda en casa unas gafas de recambio de su hermano para urgencias como esta, y al día siguiente, tras serle restituida la vista que le quedaba, mientras revuelve la primera taza de café, en general Alwyn Simmers se siente de buen humor. Cuanto más reflexiona sobre los acontecimientos de la noche anterior más radiantes le parecen sus perspectivas. La confusión le ha resultado ventajosa, tal vez el Señor así lo ha querido, porque Manie está ahora más distanciado de los desagradecidos de sus hijos y quizás más inclinado a desviar su generosidad hacia otros derroteros. Pero es importante actuar enseguida, antes de que la situación cambie.

¡A ser posible hoy mismo! La cuestión es que hoy entierran a la esposa de Manie. Ahora que lo pienso, qué hora es, incluso podría estar pasando en este instante, mientras hablamos.

Sí, es innegable, está pasando. La salita, tan desnuda y sencilla como el ataúd de la difunta, está repleta de gente. Rachel era una persona sociable, tenía muchos amigos, pero en los bancos se sienta, en su mayor parte, el lado judío de la familia. En ese aspecto son como los afrikáners, la sangre es el lazo que más tira. Durante años no habló con la mayoría de ellos ni los vio, así que eran invisibles. Pero hoy están aquí, multitud de rostros que no ves desde hace mucho, unos cuantos aún tienen nombre, tíos, tíos y sobrinos, con sus descendientes y familiares. La madre de Rachel, tu archienemiga, se aparta bruscamente al verte, sin ninguna clemencia, ni siquiera ahora.

Manie vuelve la espalda encorvada a todos. Han pasado demasiadas cosas para fingir que da igual. Anoche rezó mucho, con fervor, y cree que el Señor quiere que esté aquí, como muestra de gentileza y para ofrecer un ejemplo cristiano. La fe supone que debes luchar contra ti mismo, no puedes limitarte a odiarlos y listo. Pero le cuesta, mucho más de lo que había imaginado, sentarse entre esta gente que, con sus extrañas costumbres, han apartado a Rachel de mí. ¿Por qué tienen que rasgarse las vestiduras y obligarme a llevar una cinta negra en el corazón y un solideo en la cabeza? ¿Por qué se empeñan en desearme una larga vida? Él no quiere que la vida sea larga. Hoy no, quiere que sea más corta, está harto de vivir. En especial renunciaría con gusto a las próximas horas del tiempo que le ha sido asignado, tómala, quédate las, no las quiero.

Su propia tribu forma un grupo mucho más reducido. Han venido Bruce Geldenhuys, su socio en la empresa, y un par de amigos de la iglesia. Además de la familia, claro, aunque Manie ha colocado deliberadamente a Marina entre él y su propia prole para mantener lejos a su hijo. Ni siquiera puede mirar a Anton. Lo que ocurrió anoche en la *braai* no se ha enfriado aún, sigue

reconcomiéndole por dentro, como una efervescencia en las entrañas.

Han rezado en hebreo y ahora el rabino Katz pronuncia el elogio fúnebre. En su intento por sanar las divisiones de esta familia, para su *hesped* se ha decantado por un tema expansivo. Hace seis meses, les cuenta, Rachel acudió a mí, cuando sabía que se estaba muriendo. Llevaba mucho tiempo alejada de los suyos, de su propia fe. Años. Y no esperaba regresar. Pero la vida sigue caminos peculiares. Y en ocasiones, solo cuando sabes que la vida está a punto de acabarse, puedes por fin darle un sentido. Así fue en el caso de Rachel. Creo que habría experimentado una gran alegría al verlos a todos ustedes hoy aquí, los dos lados de su familia, la judía y la no judía, los que hablan inglés y afrikáans. Le habría parecido bien que todos se reunieran por ella. El mundo es imperfecto, sí, pero en momentos como este puede completarse... etcétera, etcétera. Ves por dónde va, Rachel tomó decisiones a ciegas que la dejaron descontenta, pero al final regresó al punto de partida y así cerró el círculo. Al rabino le fascinan las matemáticas, sobre todo las formas geométricas, y para él el círculo es de una perfección tan obvia que todas las divisiones deberían desaparecer en su presencia.

Mientras habla, agita las manos rechonchas repetidas veces, pero su voz tranquiliza, tiene un tono calmo, uniforme y, como el de los dentistas y las azafatas de vuelo, propicia la abstracción. Frente a él muchos de los reunidos van a la deriva con el pensamiento, alejándose de lo que está diciendo. Para contrarrestar el paganismo que la rodea, *tannie* Marina reza el padrenuestro discretamente, en voz baja. Nota la fe crecer dentro de ella casi físicamente, como un tumor. Ag, vaya. Un tumor ha matado a Rachel, Ockie se ha preguntado muchas veces qué aspecto tendría si lo expusieras a la luz. ¿Sería un coágulo de goma y sangre, como esa masa que atasca el fregadero, o más sutil? Un cuerpo extraño que penetra tu cuerpo, cuyo recuerdo está tan fresco que te agita hasta la última célula, y Astrid se mueve en el duro banco, se siente húmeda e

inquieta. Ayer se acostó con Dean de Wet en uno de los pesebres de las caballerizas y fue hermoso, pese al olor a bosta fresca. El caballo piafabía y resoplaba en un pesebre vecino, haciendo crujir la paja con los cascos. Mierda, eso es lo que es, piensa Anton, lo que estás diciendo es pura mierda, no hay una sola palabra cierta. Yo la maté. Le disparé y la maté en Katlehong, no fue Dios quien se la llevó antes de tiempo. Pero tú crees que hay un orden, piensas que tus actos importan, que serán sopesados y juzgados en algún tipo de rendición de cuentas. Pero no hay rendición de cuentas. Para cada uno de nosotros la muerte es el último día.

Y así, para Rachel, que sabía que se estaba muriendo, concluye el rabino, fue el inicio de una nueva vida.

Al final de la fila, apretada entre su hermano y su hermana, Amor está sola. Así lo siente ella. Nunca ha estado más sola que en esta selva de gente. No hay nada a su alrededor, nada ni nadie salvo ese cajón de madera y lo de dentro, pero no pienses en eso, no pienses en lo que hay dentro. El cajón está vacío y tiene cuatro lados, no, seis, no, más, pero ¿qué importa si va a ir a parar a la tierra, al hoyo?

La verdad es que mi madre está muerta y yace dentro de ese cajón. Mientras lo piensa, el mundo sólido se deshace, comienza a licuarse. Amor siente cómo se desliza. Se abraza, junta los muslos y aprieta. Haz que pare.

Ahora se ponen todos de pie para cantar. Pero Amor se hunde en el banco, de pronto le da un vahído. Primero se inclina hacia Anton, después bruscamente al otro lado, hacia su hermana. Tira del brazo a Astrid para que se siente.

¿Qué pasa?

La primera vez que intenta decirlo, suena como un pinchazo.

¿Qué dices?, bufa Astrid, torciendo el gesto.

Creo que estoy...

¿Qué?

Ya sabes. Sangrando. Ahí abajo.

Astrid parpadea despacio. ¡No lo dirás en serio! ¿No has traído nada? Fulmina con la mirada a su hermanita, se inclina hacia el otro lado para hacer también partícipe a su tía. Le susurra.

¿Qué?, dice *tannie* Marina. Chsss.

Astrid vacila, lo intenta de nuevo. Esta vez murmura bastante más alto y una mujer detrás de ellas, una conocida de la época escolar, ve interrumpida su nostálgica abstracción.

Marina tarda unos minutos en concentrarse en lo que le dicen. En su caso, la última menstruación queda lejos en el tiempo, poco después de dar a luz a su último hijo, y estos días resulta desagradable concebir siquiera que algo así sea posible. Al parecer lo es, está ocurriendo en este mismo instante, en el peor momento imaginable.

Debo decir, susurra furiosa, que es muy egoísta por su parte. ¿No lleva una...?

Astrid se encoge de hombros. ¡No es la guardiana de su hermana!

Todo el mundo comienza a toser y a arrastrar los pies, los portadores del féretro se adelantan para levantar el cajón. Al parecer la ceremonia ha terminado y fuera se forma una procesión para continuar con la parte del entierro. Marina sabe que debería ayudar a su sobrina, pero sería terrible marcharse ahora, sería como cuando Ockie borró por error de la cinta VHS el episodio de *Dallas* en que matan a JR antes de que ella la hubiese visto. En vez de eso, agarra a Astrid del brazo y le susurra. Llévatela fuera y cuida de ella. Nos ocuparemos de eso cuando esto haya terminado.

¿Yo? ¿Por qué tengo que ir yo?

Porque es tu hermana.

Astrid está asombrada. Jamás ha pensado en Amor como una adulta potencial, como alguien con pechos, sangre y opiniones, y mucho menos con el poder de expulsarla del funeral de su madre y de paso hacerle pasar vergüenza. Sin embargo, ahí están, mientras todo el mundo va resoplando en una dirección ellas dos van en la

contraria. Una vez fuera, se vuelve hacia su hermana. ¿Cómo has podido hacerme esto?, le pregunta.

No lo puedo evitar, dice Amor, y en ese mismo instante un calambre la atraviesa, un retortijón caliente cerca del centro. Como aquella vez cuando pisó un clavo mientras corría por la hierba. Cómo gritó. ¡Ma, Ma, ayúdame, por favor!

Transida de rabia, Astrid busca alrededor. No hay nada que hacer, decide. Siéntate hasta que haya terminado.

Se refiere a un banco frente a la entrada, pero Amor encuentra un lavabo cerca y entra, es una estancia verdosa con un olor penetrante, busca un cubículo y se retira dentro. El agua gotea y rezonga por todas partes, tal vez una tubería rota. Otro calambre surge de las profundidades. Titila la escena que la rodea, como en una película en blanco y negro. No puede creer que esto esté ocurriendo, que esté refrescándose la frente contra la pared de azulejos en un baño público en vez de acompañar el ataúd de Ma en el corto recorrido, entre un matorral de lápidas. Un bonito día de primavera, la luz se filtra a través de los árboles cargados de brotes. El *levaya* avanza despacio, se detiene para leer el Salmo 91, después se demora un poco antes de seguir avanzando despacio. Se nota un ruido ronco de abejas, las flores de jacarandá revientan absurdamente al pisarlas. Hasta que al cabo de un corto trecho se repite la misma pausa, el mismo canto del salmo, y da la impresión de que así seguirá, por etapas, hasta la tumba, pero Amor no está allí para verlo. Está doblada en dos, pensando, necesito un calmante para el dolor, tengo que conseguir un calmante. Pero ¿qué calmará el dolor de no estar presente cuando bajen el ataúd a la sepultura? ¿O de no ser una de los que ahora se adelantan para empuñar la pala y echar tierra sobre el cajón?

¡Paf! El ruido sordo de la tierra contra la madera es muy definitivo, como cerrar de un portazo una puerta grande.

Pero ¿dónde está Amor? ¿Dónde está Astrid?

Anton se vuelve desconcertado, no sabe a quién entregar la pala.

Han tenido que ir a un sitio, susurra *tannie* Marina. Pásale eso a tu tío.

¿Adónde han tenido que ir? La pregunta le preocupa todavía, las personas en la fila van pasando despacio y echando su cuota al hoyo. Poco a poco, el ataúd desaparece, como si el suelo le fuera pegando mordiscos. No hay mucha diferencia con nuestro estilo. Paf, adiós, hasta nunca.

Astrid observa desde lejos y cuando el *kadish* termina al fin y la pequeña multitud comienza a dispersarse golpea la puerta del baño y le grita a su hermana que salga. Amor avanza tambaleándose, los muslos apretados, da gracias de ir vestida de negro. Se acerca la familia y con ella las preguntas que formularán, dónde te habías metido, qué te ha pasado, y no parece que haya respuestas que ofrecer.

Pero al fin *tannie* Marina ha visto y ha entendido, y se asegura de estar a su lado antes de que lleguen los hombres. No te preocupes, yo me encargo. Tiene unos modos largamente practicados de impartir instrucciones y confidencias, la boca cerrada próxima al oído dócil, en este caso los de su marido/hijo/hermano, y así Ockie y Wessel se van con Manie, y ella conduce a sus sobrinas hasta su propio coche mientras se enfunda las manos en los blancos guantecitos de golf. Bueno, no me importa decíroslo, me alegra de que se haya terminado.

Aunque en realidad la cosa no termina ahí, porque los esperan a todos en casa de los Levi para la fiesta posterior o como la llame esa gente. Justo después del entierro, con su cara afilada y decidida, Marcia pilló a Manie en un momento de flaqueza y él sigue sin creerse que le dijera que sí. Ella tampoco, obviamente. Pensó que podía contar con la antipatía de su cuñado. Vivimos donde siempre. Estoy segura de que te acordarás de cómo llegar. Él se acuerda, por supuesto, desearía poder olvidarlo. Pero no nos vamos a quedar mucho rato, le dice a Ockie cuando se suben al coche. Nos dejamos ver un poco y con eso habremos cumplido.

Pero ¿dónde están Astrid y Amor? Anton sigue desconcertado, sobre todo al verse apretujado contra el asqueroso de su primo Wessel, que siempre huele a sucio. Manie se dejará joder vivo antes de contestar otra pregunta de su hijo, así que le toca a oom Ockie explicarlo. Van en el coche de *tannie* Marina, dice, pero no añade nada más. ¡Un misterio! ¿Por qué habrán cambiado de coches? ¿Qué ha podido llevar a las dos chicas a ausentarse del funeral de su madre justo en el momento importante?

Se dirigen con *tannie* Marina al mismo sitio, pero de camino deben desviarse un momento. Encuentran un centro comercial a pocas manzanas de distancia, las filas de coches centellean alegramente al sol. Voy a aparcar en doble fila, no tardaremos mucho. Cuenta el dinero que va sacando del monedero y depositando en la mano de Astrid. Os espero aquí. Ya me traerás el cambio. En la entrada del centro comercial se forma una cola, todos los bolsos deben pasar por un detector de metales por si hubiera bombas; sigue una larga caminata hasta la farmacia, en el extremo opuesto. Amor debe hacer dos pausas y apoyarse en la pared para que se le pasen los calambres. Después, en la farmacia, hace cola con su hermana, rodeada de estantes que gruñen bajo la abundancia de productos que ayudan a la gente en sus funciones corporales restañando esto, aliviando aquello, desinfectando lo de más allá, mientras, temerosa, da vueltas entre sus manos al blando paquete. Con disimulo, Astrid le pone el dinero en la mano. Toma, paga tú, son para ti, ¿no? La espera es breve, un par de minutos, pero los calambres llegan ahora con regularidad, en oleadas. Y pensar que todo este tiempo creía estar enferma por Ma. Se mira los pies, deja que se transformen en el mundo entero, hasta que llega al mostrador y la mujer de la bata blanca la mira, comprensiva.

Deberían zanjarlo en el centro comercial, pero hoy Amor no está en condiciones de enfrentarse a otro baño público, así que sigue andando, sigue andando. Hazlo cuando llegues allí. Marcia y Ben viven en Waterkloof, en una grandiosa casa de dos plantas rodeada de dos acres de verde. Están acostumbrados a recibir

visitas, aunque hoy esa no sea la palabra más adecuada, y han contratado a su empresa de *catering* habitual. Bodas, funerales, da lo mismo, la gente tiene que comer. Se han dispuesto dos largas mesas en el patio de atrás donde sirven té, café y un ligero refrigerio. Todo muy medido y de buen gusto. Marcia es una especie de reputada anfitriona y sabe cómo deben hacerse las cosas.

Y aquí, una vez más, en cuanto cruzan la puerta principal, *tannie* Marina hace su inclinación de cabeza de complicidad, le habla a Marcia al oído y Astrid y Amor son rápidamente conducidas por un pasillo lateral. Hay velas encendidas por toda la casa y los espejos están cubiertos incluso en el baño de invitados, lo cual tiene el escalofriante efecto de hacerte sentir observada. ¡Como si a Amor le hiciera falta sentirse más cohibida!

De acuerdo, te espero fuera, dice Astrid. Hace años que no se ven desnudas y solo de pensarlo le parece horrible.

Ayúdame, musita Amor.

No, no. Su hermanita nunca será hermosa, no, no como yo, y Astrid no quiere verla haciendo lo que tiene que hacer. De eso nada, dice. ¡No seas cría, te la pegas a la braga, es una compresa, incluso tú puedes aprender a hacerlo, fíjate en las instrucciones! Te espero fuera.

Sale, cierra la puerta y deja a Amor sola en el baño. Sola en el mundo. ¿Dónde está Ma? Se supone que debería estar aquí, ahora, en este momento, para ayudarme. Pero se fue cuando yo no estaba.

Todas las superficies de esta casa están hechas con algún material caro, acero, mármol o vidrio, y si aquí y allá se ve un poco de madera, la han lijado y barnizado hasta la tersa sumisión, y eso quiere Astrid, quiere que el mundo entero esté hecho de superficies finas, esculpidas como estas. Hacen que te des cuenta de lo basto que es todo en casa, de la profusión de ángulos y bordes afilados. Auténtico, como diría Pa, pero ¿quién necesita la realidad? Esto es mucho mejor. Astrid pasa las yemas de los dedos por el empapelado y palpa los bordes en relieve de sus dibujos.

Un hombre se aproxima por el pasillo y se detiene ahí cerca con aire vacilante. ¿Está ocupado?

Sí, mi hermana está dentro.

El hombre deambula, sus ojos recorren el cuerpo de Astrid, sobre todo sus pechos y sus piernas. Es un tipo mayor, de cuarenta por lo menos, nada atractivo, calvo y con la piel estropeada, pero a ella le resulta imposible no responder a su mirada. Ladea la cadera primero a un lado, luego al otro, se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Tiene gracia cómo te las arreglas siempre para percibir la atención masculina, sobre todo cuando es disimulada, y piensa que este hombre mayor quiere decirle algo, tiene una palabra malsonante que quiere pronunciar en voz alta, y hay una parte de ella que quiere oírla.

Al cabo de un momento, Astrid llama a la puerta. ¡Date prisa!

Él sigue mirándola, sin pronunciar su palabra, pero justo entonces sale Amor. Ha hecho lo que tenía que hacer y nota el cambio, como una leve presión en el centro de su cuerpo. Una rareza interior, alrededor de la cual se ha dispuesto el resto de ella.

¿Has terminado?, pregunta Astrid en voz demasiado alta. ¿Ya estás? Espero que no tenga que perderme ninguna otra cosa importante por tu culpa. Se adelanta a Amor, meneando las caderas.

La sala está atestada de gente, zumban como abejas en una colmena. Astrid se lanza sin titubear, mientras su hermana pequeña se detiene. Mejor esperar cerca de la puerta. El umbral es el sitio donde colocarse, ni aquí ni allá, ni una cosa ni la otra.

Anton la ve desde el otro lado de la sala. Lleva un rato allí plantado, observa desplegarse ante sus ojos la gesticulante escena, como los acontecimientos de un acuario. Están mis parientes, cercanos y lejanos, que han venido a presentar sus respetos a mi madre. Está mi padre, que en cuanto me ve mira para otro lado, y está mi hermanita en la puerta, pero hay algo distinto en ella. Lo capta enseguida.

¿Te has cambiado el peinado?

No.

¿Te has cambiado la blusa?

No.

Anton vuelve a mirarla de arriba abajo, intrigado. Sabe que tiene razón y se da cuenta de que su hermana sabe que él sabe. La ve retorcerse en su malestar, pero por fuera aparenta calma. Ha aprendido a hacerlo, mantener oculto lo que importa.

Algo te has cambiado, dice él.

Lo comenta después, fuera de la casa, mientras Pa ha ido a buscar a Lexington, que ha aparcado a la vuelta de la manzana. Astrid también está allí, pero conversa con *tannie* Marina, dejando solos a Anton y a Amor. Dichos todos los adioses, cumplidos los ritos, nuestra madre bajo tierra.

¿Adónde fuiste?

¿Cuándo?

En el funeral. Astrid y tú. ¿Adónde fuisteis?

Otra vez se retuerce. Ha pasado algo. Anton no lo entiende, o solo lo entiende a medias, o solo quiere entenderlo a medias. ¡Mejor no saber! O saber por otros medios.

En cualquier caso ahí llega por fin el coche, Lexington al volante, Pa a su lado, ceñudo. Se inclina para dar unos bocinazos impacientes y ellos se meten en el asiento trasero, Amor en medio de sus hermanos mayores, doblada en dos sobre el lecho de brasas que arden dentro de su cuerpo, y poco después se alejan en silencio, el resto de la familia Swart, todos ellos exhaustos y afligidos y complicados, cada uno a su manera, regresan a la granja y a la casa que llaman hogar.

En este momento no hay nadie en la casa. Lleva un par de horas abandonada, en apariencia inerte, pero hace pequeños movimientos, la luz del sol acecha en esos cuartos, el viento sacude las puertas, se expande por aquí, se contrae por allá, emite pequeños estallidos, crujidos y eructos, como un cuerpo viejo. Parece viva, una ilusión común a muchos edificios, o quizás a cómo los ve la gente, llenos de expresividad y emociones, ventanas como

ojos. Pero no hay nadie para presenciarlo, nada se mueve, salvo el perro en la entrada, que se lame los testículos con parsimonia.

Ni siquiera Salome anda por ahí, como sería su costumbre. Podrías haber esperado verla en el funeral, pero *tannie* Marina le dijo en términos inequívocos que no se le permitiría asistir. ¿Por qué no? Ag, no seas tonta. Así que Salome se ha vuelto para su casa, perdón, perdón, para la casa Lombard, se ha puesto la ropa de la iglesia, la que habría llevado a la ceremonia, un vestido oscuro, remendado y zurcido, un chal negro, el único par de zapatos buenos, un bolso y sombrero, y así se sienta en la entrada de su casa, perdón, de la casa Lombard, en una butaca de segunda mano a la que se le sale el relleno, y reza una plegaria por Rachel.

Oh, Dios. Ojalá me oigas. Soy yo, Salome. Por favor recibe a la señora donde Tú estés y cuida bien de ella, porque quiero volver a verla algún día en el Cielo. La conozco desde hace mucho, incluso desde antes que fuera señora, cuando ella y yo éramos jóvenes, y en estos últimos días fuimos a veces una sola persona. Estoy segura de que Tú lo entiendes porque fuiste Tú quien le envió un sufrimiento tan grande para que yo pudiese cuidarla. Por eso prometió darme esta casa y por eso te doy las gracias. Amén.

Tal vez norece con estas palabras ni con ninguna otra, muchas oraciones se pronuncian sin un lenguaje y se elevan como todas las demás. O tal vez rece por otras cosas, porque las oraciones, al fin y al cabo, son secretas y no todas van dirigidas al mismo Dios. En cualquier caso, cuando ha pasado un tiempo, lo cual es sin duda cierto, fíjate cómo se ha movido la sombra del hormiguero, porque el sol ya no está en el punto más alto, se levanta entumecida de la butaca y, despacio, vuelve a entrar. Cuando sale otra vez, al cabo de otro intervalo sin medir, lleva la ropa de siempre, el vestido raído y chanclas, un pañuelo atado a la cabeza, y enfila por el sendero que rodea la loma.

Podría ser un día cualquiera. Recorre este sendero todas las mañanas y regresa por él a la noche, y a menudo un par de veces entre medias. Todo tipo de luces y todo tipo de tiempos. Difícil

distinguir un viaje de otro. Cuando llega a la puerta de atrás deja las chanclas fuera y entra descalza. Su uniforme cuelga en la despensa, vestido azul con un *doek* y un delantal blancos, y le está permitido utilizar dos minutos el cuarto de baño para cambiarse. Luego cuelga su ropa en un rincón de la despensa donde no la vean.

Solo ahora puede adentrarse en las profundidades de la casa. La familia ha regresado, o tal vez nunca se ha ido, despiden un aire de arraigo, de estar atrincherados.

Digamos que están sentados alrededor de la mesa del comedor. O de pie en diferentes ángulos de la sala. O fuera, en la galería principal, un grupo en el sendero de entrada y el otro más arriba, en posición más dominante. Da igual. En alguna parte, Manie y su hijo mayor entablan el siguiente diálogo.

He pensado en tus palabras de la otra noche, dice Pa, y estoy muy enfadado.

En momentos como este le gusta amoldar su tono al del Dios del Antiguo Testamento, por lo tanto, espera que lo obedezcan.

¿Ah, sí?

No por mí, sino por el bien de los demás. Que fueras grosero conmigo no es nada nuevo. Es lo esperado. Pero ¡que le hablaras así al pastor! Un hombre santo, un predicador.

Anton aspira por la nariz y sonríe. Un tonto y un charlatán.

¡Ya basta! La falta de respeto se acaba hoy. Ahora presta atención y escúchame bien. Si no le pides disculpas, quedas excluido de esta familia. No volveré a dirigirte la palabra.

Porque Manie le ha dado muchas vueltas a los acontecimientos de la velada anterior, como una gallina antes de ponerse a empollar un enorme huevo negro. Has ofendido mi matrimonio y mi religión, y lo pagarás.

Que lo sepas, Pa, nunca podré hacerlo.

No te puedo ayudar. Allá tú y tu conciencia.

No le pediré disculpas a ese hombre. ¿Por qué? Me limité a decir la verdad.

¿La verdad? Manie vuelve a indignarse, hasta los pelos de la barbilla se le erizan como escarpias. ¿Sobre mi mujer? ¿Sobre unas promesas que no hice? Elige tu bando, de ti depende. Pero si no te humillas, te quedarás solo en el desierto.

Y cuando Pa se ha marchado, tras una sonora y digna salida, se muestra su hija menor, que sale de detrás de una maceta como el personaje de una farsa. Anton, Anton. Yo oí lo que dijo.

¿Qué pasa, Amor?

Lo pregunta irritado, porque su hermana echa a perder lo que de otro modo para él podría ser un momento claro y culminante. ¡Ser expulsado de la familia, librarse de todo esto!

He oído lo que Pa te ha dicho, y no está bien.

¿Qué no está bien?

Lo prometió. Yo lo oí. Le prometió a Ma que le daría la casa a Salome.

La certeza le ilumina la carita desde dentro.

Amor, dice él con dulzura.

¿Qué?

Salome no puede ser dueña de la casa. Aunque Pa quisiera, no puede dársela.

¿Por qué no?, pregunta, desconcertada.

Porque no, dice él. Va contra la ley.

¿La ley? ¿Por qué?

No lo dirás en serio. Pero la mira y ve lo seria que está. Ay, Dios mío, dice él. ¿Es que no tienes idea del país en el que vives?

No, no la tiene. Amor tiene trece años, la historia no la ha pisoteado todavía. No tiene idea del país en el que vive. Ha visto a los negros huir de la policía por no llevar el permiso para transitar y ha oído a los adultos hablar en voz baja, con tono apremiante, sobre los disturbios en los distritos segregados, y hace apenas una semana en el colegio tuvieron que aprender a meterse debajo de las mesas en un simulacro de ataque, y aun así no sabe en qué país vive. Hay vigente un estado de emergencia y se practican detenciones y arrestos sin juicio y circulan rumores pero no hechos

concretos porque hay un bloqueo informativo y solo se publican historias irreales y felices, pero, en general, ella se las cree. Ayer vio a su hermano sangrando por una brecha que le abrieron en la cabeza de una pedrada, aun así, incluso ahora, sigue sin saber quién tiró la piedra o por qué. Es a causa del rayo. Siempre ha sido una niña lerda.

Una cosa, sin embargo, la perturba.

Pero ¿por qué?, insiste. ¿Por qué le dijiste a Pa que le diera la casa a Salome si sabías que no podía?

Anton se encoge de hombros. Porque sí, contesta. Porque me dio la gana.

Y es en ese preciso instante cuando, de un modo levísimo, sin que ni ella misma lo sepa, empieza a comprender en qué país vive.

Al día siguiente la despachan con su maleta de vuelta a la residencia. Serán solo unos meses más, le dice Pa cuando ella intenta protestar. Hasta que se calmen las cosas. Amor sabe que es mejor no discutir, por la voz de su padre nota que es inútil. Aunque se lo prometió y un cristiano nunca falta a su palabra, sabe que ella no importa. De modo que Lexington la lleva al colegio y la deja junto al estanque de los peces, y desde allí Amor debe subir despacio las estrechas escaleras hasta el dormitorio, con sus fríos suelos de linóleo, las camas dispuestas en filas reglamentarias, idénticas, y la suya en el rincón, sin cambios.

Su hermano se marcha a la mañana siguiente, o a la siguiente, en primavera las madrugadas son muy parecidas. Lleva el petate militar, el fusil y va de uniforme, se lo ha planchado Salome, las botas se las ha limpiado él mismo. No hay nadie para despedirlo. Astrid duerme y Pa ya se ha ido a trabajar al parque de reptiles. Lexington lleva el Triumph a la entrada de la casa y Anton mete el petate en el maletero. El fusil lo lleva encima, porque impone, por si acaso.

Adiós, casa. Adiós, Pa, aunque no contestarás. El alba brota como una herida mientras van dando tumbos por el sendero. Anton

se baja para abrir y cerrar el portón y después parten, lejos de la ciudad, por carreteras solitarias.

Cerca de Johannesburgo hay un lugar, un punto de recogida de militares, desde donde puede seguir viaje. Ya hay dos reclutas esperando que los lleven. El muchacho saca su petate del maletero y luego se asoma por la ventanilla del acompañante. Gracias, Lex, vete con un triunfo. Adiós, Anton. Nos vemos la próxima vez.

Sobre el mediodía Anton se aproxima al campamento militar donde está destacado. El último coche que lo recogió lo ha dejado a medio kilómetro y debe andar por una larga calle del suburbio hacia el portón de entrada. A través de una alta valla rematada con alambre de espino alcanza a ver las siluetas de las tiendas y las casitas prefabricadas, filas y más filas de ellas, y a otros muchachos de su edad moviéndose entre ellas, lavando ropa, fumando, conversando.

Una de esas siluetas se separa, se acerca a la valla. ¡Eh, tú!, grita.

Anton tarda un segundo en recordar. Bien entrada la noche, sombras en el asfalto. ¡Payne! Te dije que volveríamos a vernos.

¿Dónde has estado?

En casa, en el entierro de mi madre.

¿Sigues bromeando con eso?

Porque Payne ha pensado en aquel extraño encuentro de hace unas noches, cuando estaba de guardia y decidió que su visitante no hablaba en serio. Visto a la luz del día, con una valla entre ambos, es un muchacho muy corriente, posiblemente insignificante. Sin duda, nadie a quien temer.

Anton se agarra a la valla con una mano y entrecerrando los ojos mira la distancia que media hasta el portón de entrada y los dos centinelas allí apostados. Le ha quedado claro en ese mismo instante que no puede volver a cruzar ese portón, no puede reincorporarse al ambiente de ahí dentro. No puede hacerlo. No sabe decir por qué. Algo ha pasado, es lo único que podría decir si le preguntaran. Algo me ha pasado.

Eres testigo de un momento importante, le dice a Payne.

¿Qué?

Estás viendo cómo mi vida salta de una pista a otra. Estás presenciando cómo se produce un gran cambio.

¿Cuál?

El gran no. Ha tardado mucho tiempo en llegar, pero estoy harto. Por fin me niego.

¿A qué te niegas?

A todo. Estoy diciendo hasta aquí hemos llegado, me planto. ¡No, no, no! Piensa un momento. Podrías venirte conmigo, por supuesto, añade.

¿Irme contigo adónde? Ni siquiera te conozco.

Eso no tardaría en cambiar.

Estás loco, dice Payne, riendo. Qué bromista es este tipo. ¡Primero mata a su madre y después se ausenta sin permiso justo cuando vuelve al campamento! ¡Jo, jo, jo! Sabe con certeza que Swart seguirá caminando hacia el portón como todo el mundo y se encontrarán más tarde, probablemente en el comedor.

Pero no es eso lo que hace.

¡Eh! ¿Adónde vas?

Vuelve sobre sus pasos, según parece. Payne tiene que correr al otro lado de la valla para seguirle el ritmo.

Eres un bromista, dice. Te pillarán. ¡Te llevarán detenido al cuartel! ¡Eh! ¿Qué está pasando? No tiene gracia. ¿Te encuentras bien? Espera. No lo hagas. ¿No sabes que estamos en guerra? ¿No te importa tu país?

Anton no contesta porque no lo oye. Un deseo simple y ciego de escapar lo empuja desde atrás, como una especie de mano gigante.

En esas circunstancias el uniforme es un peligro y una gran ayuda a la vez. Conseguir que te lleven es fácil si estás en el ejército, pero también eres un objetivo para la policía militar, que te pedirá los papeles. Lo mejor es cambiarse pronto, y al cabo de pocas horas, en una tienda abierta toda la noche cerca de una

autopista en dirección al sur, se compra una gorra para taparse la cabeza. Sudáfrica soleada, pone delante. Tiene un aspecto estúpido con ella, pero no hay duda de que le cubre el pelo y parte de los puntos de la frente. En el baño de un Wimpy que hay al lado se pone la ropa de civil, vaqueros, camiseta, jersey y zapatos de deporte. Se mira al espejo y piensa que está pasable, un joven de camino a alguna parte.

Sudáfrica soleada. Eso mismo tiene en mente. Latiendo en sus pensamientos desde el instante en que se alejó del campamento esta mañana hay una imagen de una playa de un blanco prístino, vacas en la arena, rumiando y mugiendo. En el fondo, unos acantilados brumosos se alzan sobre la espesa alfombra verde de una arboleda. No es una parte del mundo donde haya estado, pero una vez en la escuela oyó a unos chicos mayores hablar de Transkei, de vivir en la selva, pescar, surfear y fumar marihuana, y se le ocurre que podría dedicarse a eso durante un tiempo. Apenas tiene dinero, tampoco ningún plan y no conoce a nadie, pero todo eso forma parte de lo que lo atrae y cree que es una especie de lugar donde podrías desaparecer si te lo propusieras.

¡Anton, que primero tienes que ir hasta ahí! Ahora es tarde, cerca de medianoche, no pasan demasiados coches. Lejos de las farolas la oscuridad engorda, embutida de desolación y amenaza. Detrás del garaje contiguo hay un campo embarrado, una zanja cubierta de maleza lo recorre a un lado. Lanza el fusil en la zanja y luego el petate con su uniforme militar dentro. Conserva solo algunas de sus camisas y pantalones, los que llevaba encima, metidos en una bolsa de plástico. Lo que acabo de hacer es un delito, piensa, y sin embargo, no pesa nada.

Se traga un pavor momentáneo al notar lo grande que es el mundo y camina con dificultad hasta un lugar probable cerca del desvío hacia la autopista. Se deja ver en el resplandor fluorescente, con un pulgar esperanzado en alto. ¡Hay que tener un poco de fe! Quizás lleve un rato, pero tarde o temprano, si sigues insistiendo, alguien parará a recogerte.